

LA BORDE Y DULCE LAI



MÓNICA BENÍTEZ

LA BORDE Y DULCE LAI



MÓNICA BENÍTEZ

LA BORDE Y DULCE LAI

Copyright © 2017 Mónica Benítez

Todos los derechos reservados.

Índice

1. Putos libros
2. Adiós Vero
3. De hostia en hostia
4. Lore de los Polvos
5. Reflejos azules
6. Oh My God

7. Es mi novia
8. Lore de las Hostias
9. La venganza
10. Me lo merecía
11. El beso
12. Sin conocimiento
13. Lore de los Mocos
14. De vuelta a casa
15. Mis Lores
16. Claudia

1

Putos libros

Ni siquiera había terminado de acomodarme en mi nuevo apartamento y ya estaban llamando a la puerta, si después de seis días viviendo allí, los vecinos ya se tomaban la libertad de molestarme tal vez debería optar por no acabar mi mudanza y elegir otro lugar. Miré el reloj, las nueve de la mañana.

«Joder»

El timbre volvió a sonar, esta vez dos veces, lo odiaba, no soportaba a la gente impaciente. Salté de la cama y me aseguré de que llevaba unos mínimos de ropa, esa noche me había aliviado un par de veces y no era plan de abrir en pelotas. Tras observar que mis bragas seguían en su sitio, introduje mi mano en la montaña de ropa que había acumulado encima del sillón durante esos días y me puse una camiseta de manga corta. El timbre volvió a sonar.

—¡Ya voy!—grité.

De camino a la puerta me tropecé con una de las pocas cajas que había en el comedor, no era que no hubiese tenido tiempo de acabar la mudanza, simplemente no me había molestado en hacerla, abría las cajas conforme iba necesitando las cosas. Tuve que saltar por encima para evitar caerme.

«Me cago en la puta»

Por fin llegué a la puerta y cometí el error de no mirar por la mirilla primero, si lo hubiera hecho no hubiera abierto, pero ahora ya era tarde.

—Hola Lai—dijo con una expresión de remordimiento dibujada en su rostro.

—¿Qué quieres Vero?—contesté con el corazón encogido.

—Te he traído algunos libros...

—Te dije que pasaría a buscar mis cosas cuando no estuvieras, no quiero que me

traigas nada.

—Te he visto leer estos libros unas cuantas veces, he pensado que te gustaría tenerlos...—insistió.

—¿Cómo has sabido donde vivo?—pregunté enfadada conmigo misma por haber abierto la puerta.

—Soy poli, tengo recursos—sonrió alzando las cejas.

Ella era poli y yo gilipollas. Cogí la caja de sus brazos y la dejé en el suelo, Vero aprovechó ese movimiento para colarse en mi apartamento y cerrar la puerta. Su exquisito olor al moverse impregnó mis sentidos.

—¡No quiero que estés aquí Vero, lárgate ahora mismo!—dije con el corazón latiéndome en la garganta y los ojos bañados en lágrimas.

—Lo siento mucho Lai, yo no quería que pasara esto—dijo colocando su mano en mi tórax.

¿Ella no quería? ¿Insinuaba que era cosa mía? Llevábamos seis años viviendo juntas cuando me demostró que yo no era suficiente. ¿Y ahora tenía la puta jeta de decirme que ella no quería?

—No me toques Vero—le supliqué con la voz ahogada.

La odiaba por lo que me había hecho, estaba dolida, decepcionada, cabreada, asqueada y con un dolor insoportable, pero lo que más me jodía era que la seguía queriendo, la deseaba, en cuanto puso su mano encima de mí, deseé que me follara como lo había hecho cada día en los últimos seis años. Teníamos una vida sexual muy activa, daba igual la hora del día, el rincón de nuestro apartamento, el coche, baños públicos, ascensores, playas...Lo habíamos hecho en tantos lugares que era incapaz de recordarlos todos.

—Te echo de menos—me susurró mientras su mano se colaba por debajo de mis bragas.

Una parte de mí quería gritarle que parara, que cogiera su puta mano y fuera a hacerle una paja a su nuevo novio, pero la otra quería que siguiera, sus dedos ya estaban bailando entre mis piernas y mis labios esperaban haciendo palmas lo que sabían que estaba por venir. Me hizo recular hasta el sofá y me empujó hasta que caí de espaldas y ella se me tumbó encima. Subió mi camiseta y empezó a lamer mis

pechos vorazmente mientras me quitaba las bragas. Yo ardía, hacía tres semanas que me había ido de su casa y desde entonces solo me había pajeado, siempre llegaba al orgasmo pero no era lo mismo, no era lo mismo que correrme en su boca, que sentir su lengua serpenteando por mi sexo, que sentir su sexo encajado con el mío, que besarla hasta quedarme sin aire, follarla hasta quedarme sin fuerza y abrazarla hasta quedarme dormida. Yo también la echaba de menos cada puto segundo del día que pasaba, pero no pensaba decírselo.

Intentó besarme mientras dos de sus dedos se introducían por mi húmeda vagina, eso no se lo permití, eso pude negárselo y me sentí orgullosa de poder arrebatarse algo que sabía que ella deseaba, a Vero le encantaba que la besara, decía que tenía un don para usar la lengua dentro de su boca, yo no sabía si era cierto o no, pero hacía tres semanas que ella había perdido el derecho a beneficiarse de ese don. Introdujo un tercer dedo y yo gemí profundamente cuando noté su pulgar en mi clítoris, ella sabía todo lo que me gustaba, seis años de sexo diario nos habían servido a las dos para conocer nuestros cuerpos a la perfección, para saber que nos gustaba y que nos gustaba todavía más.

Vero sabía que me gustaba que me follara fuerte cuando estaba cabreada y eso era lo que estaba haciendo, sus tres dedos entraban y salían de mi vagina con fuerza y velocidad mientras intentaba coordinar su pulgar con esos movimientos para estimular mi clítoris al máximo, ya estaba a punto y por su puesto ella lo sabía, mis cada vez más frecuentes gemidos así se lo indicaban, así que sacó sus dedos de mi vagina y se centró en hacer círculos en mi clítoris hasta que me corrí en su mano.

Allí estaba yo, tirada en el sofá, con una camiseta subida por encima de las tetas y las piernas abiertas mientras Vero secaba las lágrimas que se me habían resbalado tras el orgasmo. Aparté la cara, había dejado que me follara pero no quería que me mirara con esa cara compasiva, sabía que ella me seguía queriendo, podía leerlo en sus ojos, me había querido demasiado como para dejar de hacerlo en tres semanas, pero estaba claro que quería a alguien más y que poco a poco sus sentimientos por mí iban a desaparecer. Tan solo esperaba que los míos por ella hicieran lo mismo cuanto antes.

—Quiero que te vayas—susurré sin mirarla.

—¿No quieres que lo hablemos mí vida? No me dejaste darte explicaciones...

—¡Ni se te ocurra llamarme así Vero, ya no!—dije enfurecida.

—Perdona, es la costumbre...—contestó cabizbaja.

Me giré hacia ella furiosa, me bajé la camiseta para recuperar algo de dignidad y

me senté.

—No hay nada que explicar Vero, me quedó muy claro en cuanto llegué. Quiero que te largues y que no vuelvas más, no quiero que me traigas nada ni que me llames por teléfono. Lárgate de una puta vez por favor—le rogué.

—Nunca quise que pasara Lai, y jamás pretendí hacerte daño de esta manera—dijo con sus preciosos ojos azules bañados en lágrimas—solo quería que lo supieras.

Levantó su esbelta figura del sofá, se llevó un par de mechones de su larga melena rubia detrás de las orejas y se fue. Volví a llorar desconsoladamente, igual que lo hice durante las dos semanas que pasé viviendo en casa de Lorena tras presentarme aquella noche con una pequeña mochila y contarle que había encontrado a mi novia follándose a un tío en el hueco de la escalera de nuestro portal.

No me hubiera enterado si no hubiese sido por los gemidos. Había subido ya un par de escalones cuando oí gemir a una mujer y reconocí aquellos gritos de placer de inmediato, yo había estado provocándolos a diario durante años. Las piernas me temblaron y me quedé paralizada, debatiéndome entre mirar y asegurarme de que era ella o simplemente subir a recoger mis cosas de su apartamento mientras acababa de follar con su amante. Opté por la primera, necesitaba corroborar con mis ojos lo que mis oídos me decían, que era muy simple: aquella mujer de la que estaba locamente enamorada, aquella en la que confiaba ciegamente desde el primer día me había traicionado, me estaba traicionando en ese preciso momento.

Casi por inercia bajé los escalones que había subido y me asomé al hueco de la escalera. La imagen no pudo ser más dolorosa, en efecto era ella, era mi chica a la que aquel cabrón estaba empalando contra la pared con su polla una y otra vez mientras ella le comía la boca y acariciaba su cabeza. Solo fueron unos segundos el tiempo que permanecí ahí, pero en esos segundos ella abrió los ojos y me vio, se soltó de inmediato dejando a su amante empalmado, se bajó la falda y caminó hacia mí suplicándome perdón. Yo me sentía doblemente engañada en aquel momento, uno por motivos obvios y dos porque jamás me habló de su bisexualidad, todas sus parejas anteriores habían sido mujeres, jamás se me ocurrió que sería una polla la que me arruinaría la vida.

—Lai lo siento mi vida—la oía decir.

Pero yo no podía pensar, no podía respirar, los oídos me zumbaban y millones de imágenes acumuladas durante aquellos años con mi novia volaban por mi mente haciendo que me dolieran los ojos. Tenía un nudo en la garganta, ella pedía perdón

mientras aquel se la cascaba detrás de ella.

—No subas hasta que yo no me vaya—eso fue lo único que me salió por la boca.

Arranqué a correr escaleras arriba, entré en el apartamento y llené una mochila con lo justo para sobrevivir unos días. Me dirigí a la puerta y de camino hice un alto, en el mueble del recibidor había una fotografía nuestra, del día que nos conocimos, le arreé un guantazo tan fuerte que salió despedida contra la pared. Salí por la puerta y bajé tan rápido como pude, ella seguía en el portal, al menos me había respetado en lo de no subir, lloraba desconsoladamente pidiendo que no me fuera pero yo no podía ni mirarla.

Yo era escolta privada, así es como conocí a Vero cuando tenía veintitrés años, ella tenía dos más que yo. El presidente de no sé qué país africano venía al consulado español, me asignaron la protección de su hija menor y Vero formaba parte de la escolta policial que nuestro querido gobierno les había brindado. Mientras ese presidente estaba de reuniones y la niña jugaba en una pequeña sala bajo mi atenta supervisión Vero se acercó a mí.

Podía decirse que yo acababa de salir del armario en aquel entonces, no porque me diera miedo sino porque no fue hasta esa edad cuando por fin me di cuenta de que lo único que no había encajado nunca en mi vida eran las pollas. Había tenido un par de rollitos antes, pero ella fue mi primera novia oficial, la que me lo enseñó todo, la que me dejó experimentar tímidamente con mis manos y mi boca en su sexo, la que me hizo cosas que hasta entonces yo no sabía que existían, la que estaba a mí lado en los momentos buenos y en los malos, la que me hizo saber lo que era sentirse amada y lo maravilloso que podía ser amar a alguien. Ahora podía añadir una nueva lección a la lista: Vero también me había enseñado lo que era el dolor más insoportable que había experimentado hasta entonces.

Lorena era mi entrenadora, bueno no solo mía, trabajábamos para la misma empresa de seguridad privada. Ser escolta en aquella empresa no consistía solo en proteger a quien te asignaran, recibíamos entrenamiento diario para asegurar que siempre estábamos en forma y atentos, y Lorena era la que se encargaba de eso. Era una tía fuerte, también rubia para recordarme a mi ex en todo momento, estaba increíblemente fibrada, cualquier curva de su cuerpo era puro músculo y se movía

como una gata por el tatami. Empezó como ayudante del antiguo entrenador y al final se quedó con su puesto cuando él se jubiló.

Aunque era casi nueve años mayor que yo, conecté con ella desde el primer día, en seguida nos hicimos amigas, ella se acababa de divorciar de su segundo marido cuando nos conocimos y yo fui su apoyo durante el tiempo que necesitó para recuperarse, que fue bastante. Ahora ella era el mío. Casi me obligó a quedarme en su casa durante las dos primeras semanas y fue la que me acompañó a ver más de diez apartamentos hasta que por fin alquilé aquel.

Las visitas de Vero empezaron a ser frecuentes, ella venía, yo me cabreaba, después me follaba, nos quedábamos un rato abrazadas sin articular palabra alguna y ella se marchaba. Ese ciclo empezó a repetirse al menos una vez por semana.

Me decía a mí misma que era bueno para mí, la echaba tanto de menos que pensé que haciendo aquello me sería más fácil acostumbrarme a su ausencia, si tenía una pequeña dosis de vez en cuando podría soportar el puto mono de Vero que tenía. Yo no la tocaba nunca, no podía, no podía tocar o lamer aquello que otro también tocaba o lamía, en cambio sí que dejaba que me tocara y me lamiera con las mismas herramientas que utilizaba con él, era contradictorio, era una mierda...Vero no se quejaba, creo que sentía que me debía esos polvos y yo decidí aprovecharme de eso, regalarme orgasmos era lo mínimo que podía hacer después de lo que me había hecho.

Lorena no estaba de acuerdo, decía que jamás lo superaría si no cortaba aquello de forma radical, yo sabía que tenía razón, pero no me sentía preparada para no volver a ver a Vero, la sola idea hacía que no solo se me hiciera un nudo en el pecho, además me dolía, era como si alguien estuviera sujetando mi delicado corazón con sus manos y decidiera estrujarlo. Me follaba por la tarde y yo lloraba por la noche, había entrado un espiral autodestructivo del que parecía que no iba a poder salir, o eso pensaba yo antes de acabar con la paciencia de Lorena.

Solía acudir a sus entrenamientos a última hora, cuando los demás ya se habían ido, así aprovechábamos para hablar de lo que fuera y ¿porque no?, yo me beneficiaba de clases particulares. Lorena se dedicaba a profundizar en los movimientos que más me costaban y yo quemaba energía hasta que mi cuerpo no podía más. Aunque sabía que mi amiga no aprobaba mis encuentros con mi ex, yo se lo contaba siempre (no los

detalles, pero sí que había estado con ella), pero aquella tarde parecía que Lorena no estaba dispuesta a permitir que aquello continuara. Nos pusimos los guantes y empezó a atacarme, al principio no me costaba defenderme pero después empezó a añadir ataques verbales a sus puñetazos y aquello empezó a ponerme nerviosa y a volverme errática.

—¿Hasta cuándo vas a dejar que Vero te folle Lai?—dijo acompañándolo de pequeños y rápidos golpes en mi cara y mis costados—¿Serás su juguetito lésbico hasta que se canse?—seguía pegándome...¿Cuánto crees que tardara en cansarse de ti?—no podía defenderme, me atacaba cada vez más rápido, me buscaba, quería cabrearme y hacía un rato que lo estaba consiguiendo—¿Sabes lo que hace después de follar contigo no?—yo le lancé un rechazazo con toda mi rabia, pero me esquivó sin despeinarse—exacto Lai, después de follar contigo se va a su casa y se lo folla a él.

Arremetí sin control contra Lorena, mis brazos iban solos en busca de su cara, de su abdomen, de cualquier hueco, quería pegarle con rabia pero no conseguía traspasar sus coberturas, estaba agotada, casi no podía respirar pero no dejaba de pegarle como una quinceañera cabreada hasta que Lorena se hartó y me asestó un hostiÓN en toda la cara, caí plana encima del tatami, por un momento me sentí desorientada, el corazón me latía en el ojo, en el pómulo, en la frente, y joder, como me dolía. Ella estaba de pie delante de mí, una pobre chica de veintinueve años que no era capaz de superar que su novia la hubiera engañado, estaba espatarrada en el tatami, mirando a aquella cabrona que acababa de derribarme con un solo movimiento cuando de pronto sentí como su pie me aplastaba el coño.

No me lo podía creer ¿en serio? ¿El pedazo de hostia que acababa de darme no era suficiente? ¿Tenía que humillarme de esa manera? ¿Es que acaso intentaba inutilizar la más preciada de las partes de mi cuerpo? ¿Aquella capaz de proporcionarme tantísimo placer? Eso sí que no podía permitirlo.

—¡Joder Lore!—dije agarrando su pie por el tobillo.

Ella apretó más y yo gemí, de dolor claro. Notaba como me miraba cabreada, pero desde aquella humillante posición me costaba identificar hasta qué punto estaba enfadada, me dolía demasiado el ojo como para intentar enfocar.

—No la necesitas Lai, Vero no es la única capacitada para hacer que te corras—dijo apretando más—¡hay muchas chicas por ahí que estarían encantadas de perderse entre tus piernas gilipollas!

—¿Vas a follarme con el pie?—atiné a decir. No sé porque lo dije, Lore era hetero,

pero me salió así.

Lorena por fin retiró su pie de mi zona sagrada, se agachó, me agarró por la pechera y me levantó como a una maleante. Lo cierto es que me movió tan rápido que me maree un poco, pero a ella no pareció importarle, me empotró contra la pared y me alzó, de forma que mis pies solo rozaban el tatami con la punta de los dedos mientras mis manos se agarraban a sus muñecas, ahora que la tenía más cerca alcancé a ver lo mucho que la había cabreado...

—¡Tú estás por encima de eso joder! No la necesitas a ella ni a nadie, tienes que cortar esas visitas o te acabarás hundiendo en la mierda Lai—entonces me sacudió como si fuera un trapo lleno de polvo y me soltó.

Me dejé escurrir por la pared hasta sentarme en el suelo, entonces pasó, me entró la risa, no podía dejar de reírme, por primera vez en los tres meses que hacía desde que Vero me la pegó, había dejado de sentir dolor, no era que el dolor hubiera desaparecido sino que ahora estaba ocupado por otro, el del hostión que Lorena me había pegado. La cara me dolía a rabiar, pero me gustaba, en ese momento fui consciente de que podía sentir algo más allá de Vero. Lorena empezó a reírse conmigo, como si estuviese leyendo mi pensamiento, se acercó a la nevera y trajo una de las bolsas de hielo, se agachó frente a mí y me la aplastó en la cara sin mucho miramiento, ella era así de bestia.

—Aaau—me quejé riendo.

—No seas llorica—dijo retirando la bolsa un momento para ver el alcancé de su puño.

Yo volví a quejarme cuando presionó mi pómulo con sus dedos, ahora ya no me reía, joder como me dolía.

—Perdona, creo que me he pasado un poco—dijo volviendo a colocar la bolsa en mi cara—¿Porque no hablas con Toni? Pregúntale si sigue en pie la oferta que te hizo, te vendrá bien—sugirió.

Lorena se coló entre mí y la pared, se sentó y me rodeó con sus brazos, yo me giré un poco y reposé mi lado bueno de la cara contra su pecho casi plano. Me sentía bien, me sentía segura con ella. Toni era nuestro jefe, no el jefazo, pero si aquel ante quien yo respondía. Unos días antes del peor día de mi vida, Toni me ofreció una especie de ascenso por así decirlo, quería que me dedicara a clientes de largo plazo, así llamábamos nosotros a aquellos a los que había que acompañar durante semanas, ya fuera en viajes de negocios, de placer o la simple rutina diaria. Yo lo rechacé porque

eso implicaba estar mucho tiempo separada de Vero, pero ahora ella ya no estaba y tal vez fuera una buena idea para mí.

—Quizá lo haga—dije cerrando los ojos un rato.

—Buena chica—contestó besándome la cabeza—esta noche duermes conmigo, me siento responsable de tu estado de torpeza.

Yo estaba demasiado cansada para negarme y al fin y al cabo en su apartamento todavía me quedaba algo de ropa. Lorena solo tenía una cama, dormí con ella durante aquellas dos semanas y todas las noches me repetía lo mismo que acababa de decirme.

—Nada de meterme mano ¿eh?

Yo sonreí y dejé caer mi cabeza en su hombro hasta que me dormí.

2

Adiós Vero

Esa mañana me levanté eufórica, tanto que se me olvidó donde estaba, me tropecé con las zapatillas de Lorena y me estampé todo lo larga que era contra el suelo.

—¡Joder!—grité con mí lado malo pegado a la baldosa.

Yo tenía grandes planes para ese día y lo estaba empezando besando el suelo. Lorena no dejaba de reírse mientras me ayudaba a levantarme.

—Desde luego mira que llegas a ser torpe cuando te lo propones—dijo echando un vistazo a mi cara y haciendo una mueca extraña.

—¿Qué?—pregunté dirigiéndome directamente al baño para mirarme en el espejo.

—¡Joder Lore! ¿Tenías una puta piedra metida en el guante?

Tenía el pómulo y el ojo ligeramente hinchados, pero eso no era lo preocupante, desde el pómulo hasta la frente mi cara era surtido variopinto de colores, que iba del azul al rojo, pasando por el morado y el verde. Lore disimuló aquel desastre con maquillaje, aun así era evidente que me habían partido la cara.

—¿A dónde vas con tanta prisa?—dijo sin una pizca de remordimiento cuando me bebí el café de un trago y cogí una deliciosa tostada entre los dientes mientras me ponía la chaqueta.

Si había una cosa que Lore sabía hacer bien sin duda era cocinar, bueno, ahora podía añadir otra a la lista, hostiarme, eso también lo había hecho de maravilla.

—A ver a Vero, voy a decirle que no quiero más visitas. Después hablaré con Toni—dije saliendo de su apartamento.

—¡No te la folles!—gritó mientras yo sonreía al oírlo.

Fui directa a la comisaria, sabía que estaría trabajando. Entré como lo había hecho mil veces durante el tiempo que estuve con ella, conocía a todos sus compañeros e iba a ser duro ver cómo me miraban, pero estaba decidida y tenía que hacerlo. Le pedí al chico de la ventanilla que la avisara, ese era nuevo, así que me estaba ahorrando dar explicaciones. Vero salió de inmediato, sorprendida de verme por allí.

—Joder Lai, ¿Qué te ha pasado?—preguntó preocupada.

Yo en ese momento no caía, pero entonces alzó su mano para tocarme la cara con delicadeza.

—¿Ah, esto? No es nada, no te preocupes. ¿Podemos hablar un momento? Será un segundo lo prometo.

—Claro, ven—me empujó hasta llevarme a una sala, parecía de interrogatorios, yo miraba las paredes en busca de las cámaras cuando me interrumpió—no hay nadie, tranquila, ¿Qué pasa Lai? Me tienes intrigada...

Me la quedé mirando como si intentara memorizar cada centímetro de su piel para no olvidarla. Cuanto más la miraba más gracia me hacía, siempre habíamos sido una pareja curiosa, ella rubia, yo morena, bueno más bien castaño clarito, ella ojos azules, yo verdes, ella de piel blanca casi nuclear y yo morena todo el año. Lo único que compartíamos era la altura, uno setenta y uno las dos.

—Lai...—dijo para sacarme de mi ensimismamiento.

—Se acabó Vero—dije tajante—no quiero que vuelvas a venir a verme, hablo en serio—dije apoyando el culo en la mesa mientras se me hacía un nudo inmenso que ocupaba desde mi estómago hasta mi garganta.

Sus ojos se volvieron vidriosos, como si supiera que esta vez iba en serio, que lo nuestro por fin había llegado a su fin, que ya no iba a haber más Lai y Vero ni más Vero y Lai. Lo nuestro estaba sentenciado, una polla dio fe de ello. Se acercó a mí y me cogió una mano entre las suyas. La acariciaba con cariño, dejando constancia de que aún me quería.

—Te enviaré tus cosas, si te parece bien—susurró sin dejar de acariciarme.

—Me parece bien.

—¿Puedo pedirte un último favor?—preguntó cuándo sus primeras lágrimas empezaron a resbalar por su mejilla.

—Depende—dije liberando mi mano de entre las suyas para pasar mis pulgares por sus mejillas y recoger aquellas gotas que no dejaban de caer.

—Bésame una última...

No la dejé terminar, a ella le encantaba que la besara pero lo cierto era que a mí me encantaba besarla, lo echaba de menos tanto como ella, no lo hice porque ella me lo había pedido, lo hice porque yo también lo necesitaba, de alguna forma necesitaba poner fin a lo nuestro con algo que me dejara un buen recuerdo. Aproveché que mis manos ya tenían sujeta su cara y la atraje hacia mí, la besé con furia, con un hambre voraz, lamí su lengua y la chupé mientras ella colocaba sus manos en mi cuello y respondía a mi beso. Mordí sus labios, los absorbí con los míos provocando que ella jadeara en mi boca. Después aflojé el ritmo para convertirlo en algo más dulce. Acaricié su lengua con la mía, las lágrimas nos caían a las dos como si fuéramos dos putas fuentes, sollozábamos mientras nos besábamos, nos sorbíamos los mocos, cogíamos aire y volvíamos a besarnos con dulzura, sellamos aquellos seis años con nuestros labios. Me separé, la miré, le di un último y sonoro beso, y me fui sin mirar atrás.

De hostia en hostia

Salí de la comisaria llorando como una magdalena, pero por otro lado me sentía libre, había aparcado algo que me hacía daño y estaba dispuesta a enfrentarme al dolor y al vacío que me provocaba su ausencia. Me había propuesto salir por el ambiente, conocer gente y echar un polvo con alguien que no fuera Vero. Recordaba las palabras de Lorena: “Vero no es la única capacitada para hacer que te corras”. Tenía que asegurarme de que eran ciertas y ¿porque no? Tal vez un polvo con otra mujer me ayudaría a centrar mi mente en algo que no fuera ella.

Tal y como le había dicho a Lorena me fui a hablar con Toni, le pregunté si seguía en pie la oferta y me ignoró.

—¿Eso te lo ha hecho Lorena? Debes haberla cabreado mucho—dijo sonriendo.

Toni era uno de esos jefes enrollados siempre que no le tocaras los cojones. Yo nunca le había causado problemas así que siempre había gozado de su buen humor.

—La última vez que hablamos de esto dijiste que no querías pasar tanto tiempo separada de tu pareja ¿Qué ha cambiado Lai?—preguntó.

Yo lo miré con mi ojo bueno, lo cierto era que conforme pasaban las horas cada vez me costaba más enfocar con el chungo, me dolía horrores. Debió notar algo en mi expresión.

—Oh, ya entiendo, perdona que sea tan torpe—se disculpó tras deducir lo obvio, yo ya no estaba con mi pareja.

—Tranquilo—dije pensando en lo cortos que eran los hombres por naturaleza.

—Ahora mismo tenemos a todos nuestros clientes de largo plazo cubiertos Lai, pero te tendré en cuenta si sale algo ¿de acuerdo?

Me di por satisfecha, tampoco esperaba llegar y besar el santo. Esa noche cené con Lorena como acostumbrábamos a hacer últimamente todos los viernes, la diferencia

era que este no me iba a quedar en su casa viendo una peli, había decidido salir en busca de alguien que aliviara mis instintos primarios para no tener que hacerlo yo. Lorena estuvo encantada con mi idea, intentó maquillarme de nuevo, pero aquellos colores se habían intensificado a lo largo del día y con el maquillaje parecía una muñeca chochona.

—Vale sí, ahora mismo te lo quito—dijo cuando vio mi cara de espanto al verme en el espejo—con suerte estará oscuro y no se te verá mucho.

Entré en la discoteca a primera hora, yo no era de bailar y quería coger un buen sitio en la barra para divisar bien la mercancía. En cuanto entré me arrepentí, el zumbido de los altavoces retumbaba en mi cara haciendo que me doliera constantemente, estaba debatiéndome entre quedarme o irme, pero la camarera vino directamente hacia mí y me preguntó que quería tomar, así que decidí que al menos me tomaría un Gintónic.

Sabía que en el ambiente una cara nueva era carne de cañón y no tardé en empezar a notarlo. Hacía mucho tiempo que no bebía, Vero y yo siempre habíamos sido bastante sanotas en ese sentido y noté como poco a poco me iba sintiendo más desinhibida. Me gustaba la sensación, me permitía mirar a aquellas mujeres sin sentir vergüenza, así que me pedí otro por si acaso se me pasaba el efecto, la cara ya no me dolía tanto, supuse que el alcohol estaba haciendo de anestésico.

Hablé con tres chicas un rato antes de tropezarme con ella cuando iba al lavabo, yo iba con tanto cuidado de que no me rozaran la cara, que cuando vi que una chica que parecía bastante ebria, estaba pegándose unos bailoteos de esos que abarcan la pista en todas direcciones, decidí pararme en seco para evitar que me arroyará al cruzarme con ella, pero no tuve en cuenta un pequeño detalle, otra chica caminaba pegada a mí espalda en dirección al lavabo y cuando yo me detuve se estampó contra mí, literalmente me atropelló en medio de la pista y provocó que yo me estampara contra la de delante. Era más bajita que yo y me di de lleno con su cráneo en mi lado malo, adiós a los efectos del alcohol.

Me quería morir, no había probado nada más doloroso que un hostión, que un segundo hostión donde me habían pegado el primero. Me doblé con las manos en la cara, el corazón me latía en toda la puta cabeza, noté como me resbalaban las lágrimas

involuntarias, esas que no quieres que nadie vea pero que no puedes evitar que salgan.

«¿Qué coño hago yo aquí?» me preguntaba.

La chica que me atropelló se puso delante de mí y se agachó para verme la cara, la oía de fondo preguntarme algo, pero entre la música, mi corazón palpitándome en la cara y los putos oídos que no paraban de zumbarme no entendía nada. Me incorporó, me cogió de la mano y tiró de mí abriendo paso hasta los lavabos. Apoyé las manos en la pica y ella se colocó por detrás de mí, puso su mano en mi barbilla y me levantó la cara para verme a través del espejo.

—¡Hostia puta tía!, menudo tortazo, perdona—dijo como si ella fuera la causante del baño de colores que había en mi cara.

—Ya lo tenía, no te preocupes—contesté con un pequeño tic en el ojo.

Me agaché para echarme agua, ella me ayudó a aguantar el botón del grifo, era uno de esos que yo nunca había entendido muy bien porque estaban allí, al fin y al cabo cuando lo apretabas no te daba tiempo a colocar las manos debajo porque ya se había cortado el chorro. Siempre me habían parecido un auténtico misterio.

—Gracias—dije incorporándome con la cara empapada.

—Espera—dijo.

Se giró y empezó a aporrear la puerta de uno de los baños como si le fuera la vida en ello.

—¡Necesito papel!—gritó.

Yo la miraba divertida, llevaba unos vaqueros ajustados que le hacían un culo increíblemente sexy y una camiseta de tirantes que dejaba sus hombros al aire, tenía el pelo cortito y lo llevaba engominado de forma despeinada. Parecía de mi edad. De pronto apareció una mano por debajo de la puerta con un rollo de papel. Ella lo cogió, cortó un trozo enorme y se lo devolvió. Se acercó a mí y empezó a secarme la cara con cuidado. Era más alta que yo y su camiseta de tirantes me dejó delante su canalillo sin que pudiera evitar mirarlo.

—¿Te gustan?—dijo sin dejar de secar mi cara.

Yo asentí mientras hacía muecas de dolor, para que mentir, me gustaban sus tetas. Ella sonrió y me apartó a un lado para dejar sitio a las demás chicas que iban

entrando.

—¿Si te beso te haré daño?—me preguntó al oído.

Yo me encogí de hombros tímidamente, la verdad es que mientras había besado a Vero por la mañana no recordaba haber sentido dolor, pero ahora me dolía tanto que tampoco creía que fuera a dolerme más porque ella me besara. Colocó su mano en mi lado bueno y acercó sus labios a los míos con cuidado, me temblaban las piernas, ese iba a ser el primer beso que le daba a una mujer después de Vero, a partir de ahora cualquier cosa que hiciera siempre sería “después de Vero”. Me comió la boca con cuidado y deslizó su otra mano por mi cintura hasta colocarla en mi vientre, me gustaba, me gustaba mucho que me besara y me gustaba que me tocara, empecé a responder y aquello empezaba a ponerse un poco calentito como para quedarse en el baño a la vista de todas.

—Ven—dijo cogiéndome de la mano de nuevo.

Caminé tras ella hasta la calle y después un par de calles más allá hasta su coche. Durante el camino hacia su coche me iba preguntando a mí misma si era buena idea irme con una completa desconocida, pero mi gran entrenamiento en defensa personal me dio seguridad para dejarme llevar y ver como acababa aquello.

—Vivo cerca—dijo como si esperara una confirmación de que iba a ir con ella.

Asentí y me metí en el coche con ella, mis bragas se habían mojado hacía rato y aquella chica parecía estar dispuesta a subsanar ese problema. En efecto vivía cerca, no tardamos más de diez minutos en coche, entramos en su apartamento y me llevó directamente a la cama, nos dejamos caer y empezamos a besarnos otra vez, me gustaba recrearme en otros labios y me gustó más cuando se colocó encima de mí y empezó a frotar su sexo contra el mío. Le quité la camiseta y el sujetador, quería lamer aquellas tetas que me habían delatado en el baño, la giré hasta que quedó debajo de mí y empecé a chupar sus pequeños pezones mientras acariciaba sus tetas con la mano, la desplacé hasta su vientre y deslicé mi dedo alrededor de la cinturilla de su pantalón. Su respiración se empezó a acelerar de forma muy rápida, me pedía más, su cuerpo me pedía que me la follara y yo estaba deseosa de hacerlo.

Me quitó la camiseta y nos sentamos para quitarnos los pantalones, entonces volví a empujarla, volví a recorrer sus pezones con la lengua y acaricié el interior de sus muslos con suavidad, dejando que de vez en cuando alguno de mis dedos rozara su sexo por encima de las bragas. Estaba mojada, tan mojada como lo estaba yo, así que para que esperar más, le quité las bragas y ella se abrió de piernas de una forma casi

dolorosa. Dejé que mis dedos se perdieran entre sus labios, recorrí cada rincón de su entrepierna, tanteé la entrada de su vagina, no sabía si le gustaba que la penetraran o no, pero un movimiento de cadera buscando mis dedos me indicó que sí. Dirigí mi boca a la suya y empecé a besarla lentamente mientras introducía dos dedos en su vagina, tampoco sabía cuántos quería.

—Otro—jadeó.

Obedecí y pregunté.

—¿Otro más?

Negó con la cabeza y empecé a follarla, fui aumentando el ritmo en función de sus movimientos de cadera y sus gemidos, hacia círculos en su clítoris con el pulgar, como Vero solía hacer conmigo cuando me penetraba, empezó a gritar con fuerza, iba a correrse, fui a sacar mis dedos de su vagina pero me lo impidió, quería que siguieran allí dentro y la complací. Se agarró a mi cuello con las dos manos mientras empujaba doblándose de placer contra mi mano, yo la miraba, miraba como los ojos se le quedaban en blanco con cada calambrazo de placer hasta que se corrió en mi mano. Iba a limpiarme en la sábana pero ella cogió mis dedos y los chupó. Me pareció raro, cada cosa que no me había hecho Vero era nueva para mí, me lo estaba pasando bien.

Cuando se recuperó salió de la cama y tiró de mis piernas hasta dejar mi culo en el borde, se arrodilló y me quitó la bragas, allí estaba yo, en la cama de una desconocida, sin bragas y con las piernas abiertas esperando a que me comiera el coño. Se inclinó hacía mi más preciada zona y primero empezó a jugar con sus dedos, estaba tan mojada que notaba como resbalaban entre mis labios.

—¿Quieres que te penetre?—preguntó con la mirada por encima de mi vello.

—No—jadee, no quería, no podía decir que no me gustara que me penetraran de vez en cuando pero yo era más clitoriana, para que negarlo.

Asintió y metió su lengua entre mis labios, estaba caliente, ardía, cada lametón que me daba hacía que me estremeciera de placer, se me contraían los labios mientras ella me lamía con la lengua plana hacía arriba y estrecha hacia abajo. Me besaba el clítoris, lo chupaba y lo apretaba con su lengua. Joder como me gustaba. Rodeó mi clítoris con sus labios, lo sorbía y hacía círculos con la punta de la lengua, cada vez más rápido, mi cuerpo se tensaba cada vez más haciendo que ella aumentara la velocidad de su lengua y me corrí, me corrí en su boca y ella se limpió con la sábana.

Se tumbó a mi lado, apoyada sobre sus codos mientras me miraba, a mí, medio

jadeante todavía.

—¿Qué te ha pasado en la cara?—preguntó con descaro.

Yo no pude evitar sonreír al pensar en Lore, la perra de Lore, ella siempre decía que lo mejor era una buena hostia a tiempo, ya podría haber estampado su puto guante en mi cara tres meses antes. No me había curado de mi amor por Vero pero desde luego empezaba a sentir otras cosas que no fueran solo dolor, y todo fue a partir del hostión de Lore.

—Mi mejor amiga me arreó un puñetazo—contesté riendo y contagiándola a ella también.

—Pues no sé si quiero conocerla—me lamió el labio inferior y después lo secuestró entre los suyos—me llamo Lorena por cierto.

Mis ojos se abrieron como platos, ¿De verdad?, ¿Lorena? ¿No había más nombres posibles para la mujer que acababa de follarme con la lengua? Me reí.

—¿De qué te ríes?—preguntó a medio camino entre la curiosidad y la ofensa.

—Perdona, es que mi amiga, la del...—me señalé la cara con el dedo mientras ella asentía—también se llama Lorena.

—Mejor, así siempre que la veas a ella te acordarás de mí—me susurró.

Igual tenía razón, tal vez durante una temporada me acordase de ella, o tal vez no...

—Yo me llamo Lai—dije incorporándome.

—Y supongo que ahora es cuando te vas ¿no? —dijo levantándose y cogiendo algo de la mesilla.

En efecto había acertado, me había encantado estar con Lorena pero ahora me apetecía irme a casa, ducharme y tal vez recrearme recordando lo que me había hecho, ya veríamos.

—Sí—contesté sin más explicaciones y agradeciendo que ella tampoco me las pidiera.

—Toma, este es mi número, si algún día te aburres ya sabes—dijo metiendo un

papel en el bolsillo de mi pantalón—espera que te llevo.

—No hace falta, iré andando hasta el coche.

—Andando está lejos y a estas horas no es aconsejable que una chica tan guapa ande sola por la calle—se puso el pijama y una sudadera y me llevó hasta mi coche, la besé con lengua antes de irme.

Llegué a casa y solo me duché, estaba agotada, me metí en la cama y por primera vez no me costó conciliar el sueño.

Mi móvil empezó a vibrar, al principio lo oía como algo lejano, como si no fuera conmigo, seguía vibrando y yo abrí un ojo, no tenía claro que día era y seguía vibrando, me estaba cabreando, estiré el brazo para cogerlo pero fue tarde, la vibración hizo que mi móvil recorriera la breve distancia hasta el borde de la mesilla y se cayó, pantallazo al canto.

«Me cago en la puta»

Aun no me había dado tiempo a moverme del todo y empezó a vibrar otra vez. Abrí el otro ojo, joder que daño, entraba algo de luz pero no sabía la hora que era, me asomé por el borde de la cama hasta coger el puto teléfono. Era Lore, no la que me había follado, la otra, la que me había partido la cara.

—¿Qué hora es?—pregunté al contestar.

—Ábreme, estoy abajo—y colgó.

Salí de la cama en bragas, abrí la puerta de la calle y dejé abierta la de la entrada, me volví a la cama, necesitaba estar tumbada, me apetecía estar tumbada. Escuché como Lore cerraba la puerta al entrar y me llegó un olor a bizcocho recién hecho, nadie hacía el bizcocho mejor que mi amiga.

—¿Quieres taparte las tetillas guarra?—dijo al entrar en la habitación.

No es que yo tuviese unos pechos enormes, pero si los comparábamos con los suyos, tetillas no me pareció la descripción más adecuada. Me puse una camiseta y

Lore se sentó conmigo en la cama.

—Mmmm eres la mejor—dije cogiendo el batido de chocolate que me ofreció y un trozo de bizcocho.

—¿Bueno que, alguien jugó por aquí abajo anoche?—dijo poniendo su cálida mano en mi coño.

—Lorena—contesté riendo.

—¿Qué?—me preguntó arqueando las cejas.

—Que se llamaba Lorena...

—¿Qué dices Lai, quien se llamaba Lorena?

—La que jugó aquí debajo anoche...

—¿En serio? No me jodas, es una puta señal, soy tu hada madrina del sexo. ¿Lo hizo bien? ¿Es digna de volver a saciar tu sed?

—Lo es—afirmé dando un enorme bocado al bizcocho.

Me estrujo entre sus brazos un par de veces y me pidió detalles, aunque yo en ese sentido no solía ir más allá de explicarle como nos habíamos conocido, los detalles íntimos me los reservaba. A partir de ese día los fines de semana que no trabajaba se convirtieron en eso, salir, conocer a alguna tía, follar, y vuelta a empezar. Mi cara poco a poco volvió a su color moreno habitual. Quedaba con la otra Lorena de vez en cuando, (la Lore de los polvos), las dos buscábamos lo mismo, sexo sin compromiso, así que nos llevábamos bien.

No es que me hubiese convertido en una zorra promiscua, pero me gustaba el sexo y poco a poco Vero estaba pasando a un segundo plano en mi vida, ya no me retorció de dolor al pensar en ella aunque sí que seguían habiendo muchos momentos en los que la echaba de menos, en las cosas más simples y mundanas, acababa de empezar la nueva temporada de Juego de Tronos y no tenía a nadie con quien comentarla, a mí y a Vero nos encantaba la serie por igual, la veíamos juntas y después la comentábamos, pero a ninguna de mis Lores le gustaba y era en detalles tan absurdos como ese en los que más la echaba de menos.

Lore de los Polvos

Esa mañana Toni me llamó a su despacho.

—Tengo un trabajo para ti—dijo—vas a estar ocupada unos diez días más o menos. Es en Madrid, así que prepara la maleta.

¿Más o menos? ¿No sabía cuánto tiempo? No tuve la impresión de que me estuviera preguntado si me interesaba, estaba afirmando que ese trabajo lo iba a hacer yo, y encima tenía que irme a Madrid, con lo que empezaba a gustarme Barcelona últimamente...

—¿De qué se trata?—pregunté intrigada.

—Digamos que un alto cargo del gobierno quiere que hagamos un trabajo para él, en breve será nombrado diplomático. Supongo que no hace falta que te diga que un cargo como ese no se lo dan a cualquiera, hay cosas muy importantes como la unidad familiar, comportamiento ejemplar, etc.

En realidad sí que hacía falta que me lo dijera, lo único que sabía yo de los diplomáticos era eso de que tenían inmunidad para hacer lo que les diera la puta gana.

—Verás este hombre necesita guardar las apariencias hasta firmar el cargo, es triste pero es así, toda su familia está colaborando comportándose de manera ejemplar, asistiendo a actos públicos y mostrándose unida.

—¿Toda su familia menos quién?—pregunté para evitar que siguiera dando rodeos, estaba claro que había uno de sus miembros que no se estaba comportando como el cabeza de familia quería.

—Una de sus hijas, la pequeña. Al parecer la chica no está colaborando demasiado, no se presenta a los actos y si lo hace llega tarde, no sonríe en las fotografías familiares y ese tipo de gilipolces, cumplió los dieciocho hace poco y no se le puede prohibir nada, y resulta que a la niña le va la fiesta, alcohol, drogas...

«Vaya, la dulce niña no se aburre»

Pero ese caso me sonaba ya de algo, me constaba que lo estaban llevando dos compañeros.

—Su padre quiere que pongamos a alguien que la controle hasta que firme el cargo, no puede obligarla a nada porque es mayorcita, pero si podemos evitar cosas como que coja el coche borracha y se estampé, que le saquen alguna fotografía que pueda perjudicar a su padre o que se meta en algún lio se conforma.

—Es decir que su padre quiere mantener controlada a su hija hasta que firme el cargo, si después ella se estampa con el coche ya no importa ¿no?

—Eso no es asunto nuestro Lai—sentenció.

—Toni, ¿este caso no lo llevan ya Marcos y Alberto? Porque me suena un poco.

—Sí—me confirmó.

Ahora sí que me estaba perdiendo, si ya había dos compañeros encargándose del caso ¿qué pintaba yo?

—Verás, a su padre se le olvidó mencionar un pequeño detalle, tal vez porque lo desconozca, no lo sé, pero resulta que la chica es lesbiana y en algunos de los locales en los que se mueve no dejan entrar a hombres lo cual está resultando ser un problema para vigilarla de cerca. Ahí es dónde entráis tú y Claudia, lo único que tendréis que hacer es entrar en esos locales y vigilarla, si veis algo gordo intervenís y si no se lo dejáis a Marcos y Alberto.

—¿Quién es Claudia?—pregunté después de que el la mencionara como si yo ya la conociera.

—Claudia se unió a nosotros la semana pasada, será tú compañera, ya sabes que en lugares con grandes multitudes no me gusta enviar agentes solos. Os he alquilado un apartamento en el centro, cerca de la zona de ambiente, esa será vuestra casa hasta que ese hombre firme el puto cargo. Vuestro avión sale mañana, Claudia te estará esperando en la puerta de embarque, aquí tienes tu billete y una fotocopia del suyo por si acaso.

¿Por si acaso qué? ¿Por si lo pierde? ¿También voy a tener que ser la niñera de Claudia?

Salí de su despacho corriendo y bajé al gimnasio en busca de mi Lore amiga, empezaba a tener una vida medio estable, por fin empezaba a acostumbrarme a mi estado solitario sin Vero, a mis salidas, a mis Lores y a mi nuevo apartamento, y ahora Toni me lo iba a quitar todo de un plumazo. Secuestre a Lore sin miramientos.

—Será un momento—le dije a los compañeros que estaban en clase en aquel momento.

Se lo conté rápido, del tirón, estaba histérica.

—Mira el lado bueno cariño—me dijo—te vas a pegar un montón de fiestas gratis. Aprovecha y disfruta.

¿Ya está? ¿Eso era todo lo que mi Lore amiga tenía que decir?

—Por supuesto que te echaré de menos—dijo al ver mi cara de puchero—pero te vendrá bien desconectar, ves a preparar tus cosas y vente a mi casa a cenar esta noche para despedirnos.

Me dio un beso en la frente y se fue con sus alumnos.

«Tengo que llamar a Lore» pensé. A la Lore de los polvos, si tenía que estar vigilando a la niñata no podría dedicarme a ligar.

«Joder»

¿Cuánto tiempo iba a estar sin sexo? Se me hizo un nudo en la garganta solo de pensarlo.

Llamé a mi Lore de los polvos, le supliqué que me hiciera un hueco esa tarde.

—Pásate a las seis—me dijo.

Buff menos mal, Lore era comercial de una empresa de publicidad, todos los días solía hacer muchos kilómetros por las ciudades cercanas y no estaba segura de pillarla cerca, pero había estado de suerte. Preparé mi maleta con lo justo para pasar diez días, si faltaba algo ya me lo compraría allí.

Llegué puntual a casa de Lore de los polvos, me abrió con una toalla envolviendo su cuerpo desnudo, se me mojaron las bragas de inmediato.

—Que puntual nena—dijo antes de darme un caluroso beso con lengua.

Así me llamaba algunas veces cuando estábamos en su casa, allí era como si fuéramos una pareja estable, dentro de esas cuatro paredes nos tratábamos con cariño y respeto, aunque las dos tuviésemos claro que nuestra relación se basaba solo en sexo. Siempre nos veíamos en su apartamento, era una especie de norma que yo me había impuesto, supongo que de alguna forma yo quería reservar mi cama para alguien por quien sintiera algo más que ganas de follar.

Yo me movía con total libertad por su casa, con el tiempo habíamos empezado a entablar cierta amistad, de vez en cuando nos tomábamos un par de cervezas después de follar y nos contábamos cosas, después volvíamos a follar y yo me iba. Me gustaba ese rollo. Y me gustaba todavía más el olor de su cuerpo recién duchada, olía a algún tipo de flor silvestre, siempre me decía el nombre pero yo nunca lo recordaba.

Le besé el cuello y le quité la toalla, allí la tenía, totalmente desnuda en medio del comedor, con su dulce olor a flores esperando a que lo saboreara. La miré sonriendo y me acerqué para ver si estaba mojada o tenía que ocuparme de que se mojara. Metí mis dedos entre sus labios después de que ella me quitara la camiseta, sonreí al comprobar que estaba perfectamente lubricada. La empujé contra el sofá y cuando cayó le separé las piernas, me ayudé de mis dedos para separar un poco sus labios y besé su clítoris, me mojé la lengua y lo lamí con fuerza, sabía que le gustaba, seguí lamiendo todo su sexo, ella jadeaba y movía ligeramente sus caderas pidiéndome más, me encantaba que me rogara de esa manera.

Penetré su vagina con la lengua, muy poco, mi lengua no daba para tanto, estiré un brazo para agarrar uno de sus pechos y lo magree con delicadeza mientras desplazaba mis besos hasta su clítoris, empecé a besarlo, a lamerlo, Lorena gemía con desesperación, empujaba su sexo contra mi boca, me separé, subí mi boca hasta la suya para devorarla con hambre y metí tres dedos en su vagina, solo los dejé dentro, quería que los notara pero me la follé con la palma de la mano, la apreté contra su clítoris y empecé a hacer movimientos circulares mientras mis dedos seguían en su vagina. Nunca la había escuchado gritar tan fuerte, gemía como si hiciera meses que no follaba, su cadera se acompasó al movimiento de mi mano y se corrió mientras yo miraba como le temblaba todo el cuerpo.

Me desnudé mientras ella se recuperaba, quería restregar mi sexo contra el suyo, estaba muy caliente así que no iba a tener que esforzarme mucho. Lorena se giró y fue ella la que acopló nuestros sexos a la perfección, se le daba muy bien eso, empezó a cabalgar contra mi haciendo pequeños movimientos circulares con su cadera, joder como me gustaba cuando lo hacía, sentía un hormigueo entre mis piernas que me hacía perder el sentido, Lorena seguía mientras me besaba la cara, empezando por los ojos y acabando con un ataque de su lengua dentro de mi boca. Agarré su culo y

empujé más fuerte, estaba nerviosa y necesitaba más caña.

—¿Más fuerte?—preguntó jadeante.

—Por favor—jadee.

Ella sonrió y empezó a repetir sus movimientos con más fuerza, empezamos a gemir de placer de inmediato, yo la ayudaba con las manos aunque no parecía necesitarlo, se la veía cómoda en aquella nueva modalidad. Siguió empujando entre gemidos hasta que nos corrimos juntas. Cayó exhausta encima de mí, la abrace con fuerza y nos besamos vagamente con el poco aire que teníamos.

—¿Estás bien?—le pregunté.

—Muy bien—sonrió—pero estaré mejor con una cerveza, así de paso me cuentas porque estás tan nerviosa.

Me levanté y me dirigí a su nevera a por las cervezas, yo solía llevarlas, no quería abusar de su hospitalidad. Volví y me tumbé a su lado para contarle el nuevo trabajo que me habían asignado. No nos vestimos, ¿para qué? Si después íbamos a volver a follar. Lorena me escuchó atenta y cuando terminé mi recital de quejas por no poder follar durante mi nueva misión empezó a lamerme la oreja.

—Llámame y follaremos por teléfono—me susurró sonriendo.

Joder, mi sexo se inundó con sus palabras. Me entró la risa y me atraganté con la cerveza mientras ella se reía de mí.

—Joder Lai, eres muy dramática, no vas a estar detrás de esa niña las veinticuatro horas, seguro que encontrarás un hueco para conocer a alguna tía y meterla entre tus sábanas, y si no siempre puedes follarte a tu compañera—bromeó ante mí cara de interrogante.

¿Follarme a mí compañera? ¿A Claudia pierde billetes? No, gracias, no me motivaba nada la idea. No sé porque tenía la corazonada de que era una estirada.

Dejó su cerveza y se deslizó hacía abajo llenando mi cuerpo de besos, se recreó en mis tetas mientras sus dedos jugueteaban entre mis piernas, siguió bajando y empezó a follarme con la lengua, yo gemía sin parar, Lorena jugaba con mi clítoris y con mi orgasmo, cuando parecía que estaba a punto se retiraba para aumentarme ese placer previo al orgasmo, joder que bien follaba Lorena. Mi móvil empezó a sonar mientras ella me torturaba, estaba demasiado jadeante para contestar pero me molestaba que

sonara, estiré el brazo para colgar la llamada sin responder pero Lorena sacó su cara de mi sexo y me lo quitó de las manos.

—Está ocupada—respondió, después colgó y volvió a chuparme el clítoris hasta que me corrí.

—¿Quién era?—pregunté entre risas.

—Lore de las Hostias—contestó descojonándose de risa—¿Cómo me tienes grabada a mí?—preguntó intrigada.

—Lore de los Polvos—sonreí—puedo cambiarlo si quieres—le dije temiendo que se hubiera ofendido.

—Que va nena, es muy apropiado, me gusta—dijo besándome otra vez.

Entonces caí, había quedado para cenar con Lore de las Hostias. Por eso me llamaba.

—¡Mierda!

Me levanté de un salto.

—Tengo que irme Lore, he quedado para cenar con Lore, me matara si no me despido de ella.

Joder que raro era hablarle a Lore de Lore...

Lorena me acompañó a la puerta, nos dimos los infinitos besos correspondientes y nos despedimos.

—Llámame cuando vuelvas, o antes si necesitas que te ayude—dijo enfocando sus divertidos ojos entre mis piernas.

—Lo haré—contesté ruborizada.

—¡Lai!—me llamó cuando salía.

—¿Qué?—dije girándome hacia ella.

—También puedes llamarme para hablar ¿vale? Estoy aquí si me necesitas.

Estaba claro que casi sin darnos cuenta nuestra amistad se había ido afianzando.

—Lo mismo digo Lore.

Llegué a casa de mi otra Lore jadeando, por suerte no era muy tarde y cuando me abrió la puerta solo me pegó un collejón que casi me hace vomitar la cerveza.

—Aau—me quejé—perdona Lore, se me ha ido un poco la olla.

—¿Quién era la del teléfono?—preguntó como si no lo supiera.

—Lore, la otra Lore—contesté con una larga sonrisa en los labios.

Joder que raro era hablarle a Lore de Lore...

—¿Y en que estabas ocupada perra?—preguntó con ironía.

—Bueno, más bien era ella la que estaba ocupada entre mis piernas—dije dando por zanjada la conversación.

Cené con Lore pero no me despedí de ella, se ofreció para llevarme al aeropuerto al día siguiente, así que me fui a casa, me duché y acabé de preparar mis cosas antes de dormir en mi cama por última vez durante los siguientes diez días.

Reflejos azules

De camino al aeropuerto Lore de las Hostias empezó a interrogarme para asegurarse de que llevaba todo lo que necesitaba.

—Vale ya Lore, pareces mi madre joder.

Me fulminó con la mirada y supliqué perdón con los ojos de cordero degollado.

—¿Qué terminal es?—preguntó.

«Mierda»

Había estado tan ocupada follando con Lore de los Polvos y cenando con Lore de las Hostias que ni siquiera me había molestado en mirar los billetes que Toni me había dado. Retorcí mi cuerpo en el asiento y me giré hacia atrás para dar alcance a mi mochila y sacar la carpeta donde los había metido. Saqué los billetes y los miré.

—Terminal 2—dije y seguí mirando los detalles de los billetes.

Ella tenía el asiento de la ventanilla y yo el del medio. Menuda putada, en los aviones siempre me entraba sueño y estar en ventanilla me permitía apoyar la cabeza en alguna parte. De Barcelona a Madrid no había mucho, pero sí lo suficiente para echar una cabezadita.

«Que putada»

Pillamos atasco y llegamos al aeropuerto con el tiempo justo, Lorena parecía más nerviosa que yo, me achuchó veintisiete veces y me dio cuatrocientos besos antes de dejarme ir en busca de mi nueva compañera.

Pasé el control de seguridad y escuché como hacían una última llamada para mi vuelo por megafonía, empecé a correr como una loca hasta que llegué a la puerta de embarque, por supuesto ya no quedaba nadie por entrar, yo era la última.

—Por poco—dijo la chica que comprobó mi billete y mi pasaporte.

En realidad fue mejor, así no tenía que andar buscando a la tal Claudia entre la gente, ahora que lo pensaba ni siquiera sabía el aspecto que tenía, era más rápido encontrarla en su asiento. Caminé hasta la fila 17 y la vi, tenía su pelo negro con reflejos azules recogido en una cola alta. Me hizo gracia que llevara el pelo de ese color. Por lo demás, debía de tener más o menos mi edad, llevaba unas gafas de pasta y estaba leyendo un libro en papel. Parecía no haber roto un plato en su vida, por mi experiencia las mosquitas muertas eran las peores.

Entonces me di cuenta de que estaba en mi asiento y no en el suyo, coloqué mi mochila como pude y la señora que había en el asiento del pasillo se levantó para dejarme pasar. Ella no se movió, así que me tocaba espachurrarme entre el asiento delantero y ella para pasar. Llevaba un día de mierda entre atascos, aeropuerto y carreras por los pasillos, lo último que me apetecía era aguantar sus groserías, pero me tragué mi orgullo y me dirigí a ella amablemente.

—¿Eres Claudia?—pregunté.

—¿Llegas tarde?—contestó sin levantar la vista de su libro.

Zas, ahí iba la primera pullita de la mosquita muerta.

—Lo siento, he pillado un poco de atasco—dije mientras empezaba a pasar hasta mi asiento.

No le dije que estaba en mi asiento, yo quería el de la ventana, así que me hice la despistada.

—Por eso yo siempre salgo con tiempo—dijo sin mirarme de nuevo.

Justo en ese momento yo estaba pasando por delante de ella, tenía mi culo justo a la altura de su cabeza y me entraron ganas de pegarle un culazo en toda la cara, se me escapaba la risa solo de imaginarlo, pero me contuve, no era plan.

«Menuda gilipollas» pensé mientras me sentaba en mi querido asiento de ventanilla.

—Te lo he cambiado, me marea mirar por la ventana, espero que no te importe—dijo con la mirada fija en su puto libro, al menos había sido amable esta vez.

—No me importa, tranquila—dije conteniendo mis ganas de hacer palmitas por haber conseguido la ventana.

Mientras el avión despegaba me fije en sus manos, tenía la piel fina y los dedos largos, sus uñas estaban pintadas de negro con sumo cuidado. Me gustaron sus manos. Estaba usando su D.N.I como marcador de páginas, pude ver su fecha de nacimiento, tenía mi edad. En cuanto a la ropa, era de lo más normalita, llevaba unos vaqueros, una sudadera y unas pisacacas, así llamaba yo a las bambas esas con la suela totalmente lisa y sin surcos. Me quité mi sudadera, la hice un ovillo y la coloqué entre la pared del avión y mi cabeza. Hora de dormir.

Me despertó un intenso dolor de oídos, no sabía porque pero siempre que los aviones perdían altura me dolían mucho los oídos, la cabeza y las cervicales, me tensaba tanto que me costaba respirar, suponía que era por algún rollo del cambio de presión. Cuando fui a incorporarme noté algo pesado en mi hombro que me lo impedía. Giré la cabeza y me topé con la de Claudia apoyada en mi hombro, estaba dormida con la boca medio abierta, seguro que me estaba babeando.

—Eh, Katy Perry, despierta...—dije sacudiendo el hombro como si quisiera espantar un bicho—¿Te importa babear en otro sitio?

Claudia se quejó adormilada, levantó su cabeza ligeramente sin moverla de mi hombro, como si no supiera muy bien donde estaba, me escaneo mientras yo la miraba de reojo, joder como me dolía la cabeza. Se separó de mí y se adecentó el pelo.

—Perdona por la invasión—dijo.

Para entonces yo ya me había puesto rígida como un palo, mantuve el cuello lo más recto que pude y coloqué mis manos encima de mis piernas con los puños cerrados a la espera de que el avión descendiera lo suficiente como para que dejara de dolerme. Ignoré sus disculpas, solo podía pensar en mi intenso dolor.

—¿Estás bien?—preguntó.

Yo jadeé que sí, intentaba no moverme, me dolía demasiado. Ya podía imaginarme lo que estaba pensando: “a la cagueta esta le dan miedo las alturas...” Pero me equivoqué, se giró hacia mí y colocó una de sus manos en mi frente y la otra en la parte trasera de mi cabeza e hizo presión.

—Esto alivia—dijo.

Y era cierto, el dolor no desaparecía del todo pero no era tan intenso. Se mantuvo así hasta que de pronto debimos cruzar ese punto en el que la presión ya no me afectaba y me dejó de doler.

—Ya está—dije mirándola con cara de interrogante.

—A mí hermano también le pasa—contestó encogiéndose de hombros.

—Gracias—contesté tímidamente.

6

Oh My God

Cogimos un taxi y subimos al que iba a ser nuestro apartamento durante esos días, era pequeñito pero acogedor. Era simple, comedor cocina separado por una barra americana, a cada lado del comedor una habitación y al fondo el baño. Nos pusimos en contacto con nuestros compañeros y nos dijeron que ese día la niña estaba en casa de unas amigas, que no nos preocupáramos, ya nos avisarían cuando nos necesitaran. Dedicamos la tarde a acomodarnos y salimos a hacer una mega compra que nos permitiera comer los diez días, prácticamente no hablamos, cenamos por separado y me fui a dormir.

Un ruido me despertó esa mañana, no tenía muy claro lo que era y me quedé medio agilipollada pensando, entonces lo escuché otra vez, parecía un golpe, lo escuché de nuevo, cada vez se repetía con más frecuencia. Me levanté sobresaltada, no estaba en mi puta casa y no encontraba la luz, tropecé con algo y me di de bruces contra el suelo para variar.

«Mierda»

Miré a mi izquierda y poco a poco me adapté a la claridad que entraba por la ventana, me levanté y alcancé el interruptor de la luz. Los ruidos eran cada vez más rápidos y más fuertes, ni siquiera me molesté en ponerme algo, salí de la habitación en bragas y me quedé quieta escuchando para ubicar los golpes, parecía que venían del otro lado del comedor, de la habitación de Claudia, atravesé el comedor corriendo con la intención de entrar en su habitación para ver que sucedía pero justo cuando iba a entrar el siguiente golpe que escuché iba acompañado de un gemido, me detuve en seco como si algo me sacudiera el cuerpo. Otro gemido, y otro, sin duda lo que fuera que hacía le gustaba.

Di dos pasos atrás y me quedé con la boca abierta pensando. ¿Se estaba masturbando? ¿Había alguien más en la casa y yo no me había enterado? ¿Alguien se la estaba follando? Intenté agudizar el oído para ver si conseguía escuchar una segunda voz, pero era imposible, gemía alto y solo la oía a ella. De pronto escuché el gemido del colofón final, seguí allí parada intentando oír alguna otra voz y entonces la puerta de su habitación se abrió de golpe y ella salió tropezándose conmigo

completamente desnuda, pude notar como sus pechos endurecidos rozaban los míos.

—¡Joder!—gritamos las dos a la vez.

Me miró con cara de satisfecha, me esquivó y se dirigió a la cocina en busca de algo. La seguí. En realidad no mucho porque la cocina formaba parte del comedor.

—¿Hay alguien en tu habitación?—pregunté para asegurarme, porque si conseguía esos orgasmos masturbándose quería que me enseñara.

Se movió sonriente por detrás de la barra, hasta ese momento no me había fijado en lo cañón que estaba la mosquita muerta. Era más o menos igual de alta que yo y tenía unas curvas perfectamente definidas, se notaba a leguas que hacía deporte. No llevaba las gafas y eso me dejó ver unos preciosos y rasgados ojos marrones.

—¿Quieres follártelo?—preguntó alzando la vista para mirarme mientras se llenaba un vaso de zumo con sus pezones encañonándose.

—¿Qué?—pregunté con cara de Oh My God.

¿Follarme a quién? ¿De que hablaba la diosa del sexo?

—Le he pagado un par de horas, aun sobra media, puedes follártelo si quieres.

Se me descolgó tanto la mandíbula que seguro que su puto vaso de zumo me cabía en la boca. ¿Había un gigoló en su habitación?

—No gracias—atiné a decir.

—Como quieras—cogió su vaso de zumo y se metió de nuevo en la habitación.

Yo estaba flipando, me fui a mi habitación para vestirme, aunque dudaba entre hacerlo o tocarme, verla desnuda y el roce de sus tetas me había puesto perraca, pero no, pensé que era mejor idea llamar a Lore de los Polvos pero me pareció demasiado desesperado. Lo descarté. Me duché, me vestí y esperé en el comedor hasta que ese tío salió de la habitación, me saludó con la cabeza y se despidió de Claudia. Al menos ella se había cubierto con una bata.

—¿Has metido un gigoló en casa? ¡¿Estás loca o qué?!—pregunté cabreada en cuanto el chico se marchó.

—¡Yo no tengo porque darte explicaciones!—me gritó.

No le faltaba razón, lo que hiciera con su cuerpo no era cosa mía, pero si colaba a un desconocido en la casa lo mínimo que podía hacer era avisarme, por aquello de no salir en pelotas y eso.

—¿Desde cuándo estaba aquí?—pregunté.

—Ya te he dicho que le he pagado un par de horas.

Eran las nueve, le iba el sexo matutino, apuntado.

—Mira Claudia...—intenté hablar pero me interrumpió.

—¡Déjalo Lai!—gritó otra vez.

Joder que carácter.

Se metió en su habitación y no salió hasta la hora de comer. Yo me pasé la mañana viendo series en el comedor hasta que en algún momento me quedé dormida.

Algo que cayó encima de mí me despertó, lo cogí con la mano y lo levanté soñolienta, por un momento me asusté pensando que eran los gallumbos de aquel tío, pero en seguida me di cuenta de que era un trapo de cocina.

—¿Te gusta la pasta?—oí cerca de mí.

Alcé la vista y vi a Claudia detrás de la barra, su pelo suelto azulado brillaba intensamente con la luz del sol que entraba por la ventana, me encantó aquella visión.

—¿Estás sorda? ¿Qué si te gusta la pasta?

Joder que desagradable era cuando quería.

—Sí—contesté incorporándome, entonces me fije en que llevaba un delantal puesto y estaba cocinando. Se desenvolvía con soltura, como si estuviera acostumbrada.

—He hecho raviolis, siéntate anda—dijo señalando un taburete de la barra.

Se sentó frente a mí después de ponerme un plato a rebosar delante. Tenía una pinta deliciosa y olía aún mejor, pero no tenía claro que pudiera acabarme todo eso. Me levanté a por agua y le pregunté que quería ella, durante nuestra compra se agenció varias botellas de vino y no sabía si lo quería para comer.

—Agua por favor—contestó.

—“Agua por favor”—dije burlándome a su espalda sin que me oyera.

Me entraban ganas de tirarle la jarra por encima, la gente con esos cambios de humor me desquiciaba.

Terminamos de comer y se metió en su habitación de nuevo, yo recogí la cocina, era lo menos que podía hacer después de que ella hubiera preparado la comida. Cuando terminé me abrí una cerveza fresquita y me tumbé en el sofá después de prepararlo todo para mi momento épico semanal, ya tenía disponible el nuevo capítulo de Juego de Tronos y había llegado la hora de ponerlo. En cuanto le di al play y empezó aquella banda sonora que me ponía la piel de gallina Claudia salió de su habitación como una exhalación y se plantó de pie frente a la pantalla.

—¡Quieres apartarte joder!—le grité.

—¿Es el de esta semana?—preguntó mirándome.

—Sí—contesté de mal humor mientras hacía aspavientos con la mano para que se apartara.

Sin decir nada fue a la nevera, se sirvió una copa de vino y me pidió sitio en el sofá. Vimos la serie juntas comentando todos los detalles, incluso después de que acabara continuamos hablando más de una hora de los personajes y de temporadas anteriores. Después de eso volvimos a la tensión habitual que parecía que había entre nosotras.

Nos avisaron de que la niñata salía de fiesta esa noche, así que nos preparamos y nos dirigimos al local que nos dijeron.

Es mi novia

Claudia no parecía muy cómoda mientras hacíamos cola para entrar, que bien me lo iba a pasar yo viendo cómo se desenvolvía cuando le entraran, porque estaba claro que le iban a entrar.

El local era solo para chicas y no era muy grande, había una barra al fondo y otra a la izquierda de la pequeña pista, tras un buen rato mirando después de haber memorizado una fotografía de la criatura en cuestión la localizamos, estaba en medio de la pista bailando con un par de amigas y un cubata en la mano. No iba a resultar difícil tenerla controlada en aquel sitio. Claudia se colocó en la barra lateral y yo en la del fondo, así era como íbamos a pasar toda la noche hasta que la niñata se largara y pasara a ser problema de nuestros compañeros. Según nos había dicho Toni, ella no tenía constancia de nuestra presencia para que no se sintiera observada.

La niñata era mona, así que enseguida se acercaron otras chicas al grupito de tres y empezaron nuestros problemas, Sandra, que así se llamaba, empezó a bailar cariñosamente con una de sus acompañantes mientras otra sacaba una fotito de grupo.

«Mierda»

Esa era la típica foto que al día siguiente acababa colgada en Facebook y el resto de infinitas redes sociales nuevas que yo no tenía ni idea de cómo funcionaban. Le escribí un mensaje a Marcos con la descripción de la fotógrafa del grupo, ellos ya se encargarían de descubrir quién era y hackearle el teléfono y las redes sociales si era necesario.

—¿Una copa?—escuché a mi derecha mientras leía la contestación de Marcos.

“Poneros de acuerdo y que solo una de las dos nos envíe la info”

Miré a Claudia y la vi guardar su móvil, ya me ocuparía después de hablar con ella, ahora tenía otro problema. Me giré y vi a una chica bastante guapa.

«Joder que mierda»

—Lo siento, estoy con alguien—dije.

Me hubiese encantado aceptar aquella invitación pero para mí desgracia estaba trabajando.

—Yo te veo sola—dijo.

Buena observación por parte de mi acompañante.

—¿Ves a aquella morena que hay en la otra barra?—le pregunté señalando a Claudia sin que ella me viera.

La chica asintió.

—Es mi novia, solo que ella aun no lo sabe—grité por encima de la música sonriendo.

La chica me sonrió.

—Buena suerte entonces—me dijo antes de irse.

Pasaron un par de horas en los que nuestra niñata fue engullendo cubatas mientras Claudia se ponía de todos los colores cada vez que se le acercaba una chica. Hubiera pagado mi sueldo entero por saber que les decía para quitárselas de encima. En ese momento estaba hablando con una chica, ya llevaba rato y parecía cada vez más incómoda, yo disfrutaba viendo aquello.

«Que se joda, por borde» pensaba, pero todo el tiempo que pasaba intentando quitarse a su conquistadora de encima era tiempo que estaba sin prestarle atención a nuestra niñata y eso entorpecía nuestro trabajo, así que decidí acercarme. Me dirigí directamente hacia ella sin parar de echar vistazos a nuestro objetivo, me interpuse entre ella y su acosadora, la cogí de la mano y me la llevé sin más. Ella me siguió sin quejarse y nos paramos en mi barra.

—Marcos dice que nos pongamos de acuerdo con los mensajes—le grité.

—Sí, también me lo ha dicho—me contestó—¿Una vez cada una?—dijo

refiriéndose a los mensajes informativos.

—Vale.

—Gracias por quitármela de encima—me gritó en toda la oreja—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?—pregunté sin saber a qué se refería.

—Quitártelas de encima tan rápido.

Se me escapó la risa al ver su agónica cara, realmente lo estaba pasando mal con tanta acosadora y en un ataque de bondad decidí revelarle mi secreto.

—Fácil, les digo que eres mi novia—dije encogiéndome de hombros.

—Joder claro, que gilipollas—se dijo a sí misma al ver que ella podía haber hecho lo mismo desde el principio.

Entonces vimos que había algo de alboroto en la pista, resultó que mientras nosotras hablábamos nuestra niñata parecía que se estaba metiendo en líos, discutía con otra chica y la cosa parecía que se ponía fea. Las dos nos acercamos disimuladamente y nos colocamos justo detrás haciendo ver que bailábamos, entonces oímos como la otra chica le gritaba que faltaba dinero, que el gramo de coca que le había pasado costaba sesenta euros y allí solo había cuarenta. La niñata le gritaba que no era su problema que hubiera perdido el otro billete y tras eso vino el primer empujón. Claudia paró la caída de Sandra y yo cogí a la otra chica para separarla sabiendo que en cuestión de segundos intentaría partirme la cara a mí también.

—¿Cuánto te debe?—le grité antes de que intentara pegarme.

La chica me miró desafiante y al final contestó.

—Veinte—dijo cabreada.

—Toma, cincuenta y no vuelvas a acercarte a ella—dije poniéndole el billete en la mano.

Por suerte se dio por satisfecha y se fue. Yo caminé tras ella como si nos fuéramos juntas y después volví a la barra con Claudia.

—Joder con la niñata—dijo.

Sí, joder con la niñata.

Sandra empezó a moverse en dirección a la puerta, parecía que ya se iban, avisamos a Marcos de que salían y esperamos dentro a que nos dijeran si iban a otro local o seguían la fiesta en casa.

—¿Te apetece un chupito mientras esperamos? Nos lo hemos ganado—afirmó Claudia.

Yo asentí y ella pidió dos tequilas.

—Sí que vas fuerte...—dije. Brindamos, lamimos la sal y nos lo bebimos de un trago antes de morder el limón.

Joder me encantaba el tequila, no solía pedirlo porque si lo mezclaba con otras bebidas me subía bastante, pero no habíamos bebido nada más que cervezas sin alcohol. Entonces llegó la contestación de Marcos: “sois libres, Sandra sigue la fiesta en casa de una amiga, nosotros nos ocupamos”

—Menos mal—dijo Claudia aliviada al leerlo—¿nos vamos?

—Sí—contesté sonriendo al ver lo incómoda que se sentía.

Como Toni había alquilado nuestro apartamento cerca de la zona de ambiente nos fuimos andando para que nos diera el aire.

—¿Puedo preguntarte algo?—le dije aprovechando que parecía tranquila.

—Dime—contestó.

—¿Por qué pagas por sexo?—pregunté.

Ese tema llevaba desquiciándome todo el día, no lo entendía.

—¿Te parece mal?—contestó.

—No, no me parece mal, es solo que no entiendo que alguien como tú pague por follar. Mírate Claudia, eres preciosa, podrías tener a quien quisieras sin pagar...

No me podía creer que se me hubiera escapado eso, yo llamándole preciosa al ogro que tenía por compañera.

«Puto tequila»

Ella sonrió y me miró como si yo fuera gilipollas. Y vaya si lo era.

—¡Joder! ¡Serás perra! ¿No has pagado no? Ese tío no estaba allí por dinero ¿verdad?

—Pues claro que no—contestó—es un amigo, vive aquí desde hace un par de años y cuando supe que veníamos le llamé.

—¿Y por qué coño no me lo has dicho?—pregunté endemoniada.

—Quería ver la cara que ponías—dijo muriéndose de la risa.

Tenía ganas de estrangularla, si lo llego a saber dejo que su acosadora la hiciese sufrir más rato.

—¿Y si te hubiera dicho que sí? ¿Qué quería follármelo?

—No creo que le hubiese importado—dijo guiñándome un ojo y acelerando el paso mientras yo me quedaba con la cara de lerda.

Que hostión tenía la pedorra, y joder como echaba de menos a mis Lores.

Lore de las Hostias

Ese día me desperté casi a las tres de la tarde, a ciertas edades eso de trasnochar empezaba a pasar factura. Salí en bragas y camiseta y me dirigí a la cocina. Encontré una tortilla de patatas a la que le faltaba un buen trozo, me corté otro igual de grande y me lo zampé allí de pie. Aún estaba caliente.

—Que buena—me dije a mi misma.

Me tumbé en el sofá y encendí la tele, no daban nada interesante así que volví a pararla y me quedé un rato con la mente en blanco hasta que Claudia salió del baño y cruzo el comedor en bragas mientras se secaba el pelo con una toalla. Mi cuerpo reaccionó de una forma muy rara, no sabía describirla, no es que quisiera follármela, que también, pero aquella tarde vi algo más en ella, aunque no tenía muy claro que era.

—Buenos días—dijo al verme.

—Hola—contesté mientras se metía en su habitación a vestirse.

Salió de nuevo, se dirigió a la nevera y sacó una botella de vino.

—¿Quieres?—dijo señalando las copas.

Yo negué con la cabeza, no me gustaba el vino. Se sirvió una copa y se sentó al otro lado de la barra, de forma que quedábamos de frente.

—¿Quién es Lore de los Polvos?—preguntó de pronto.

El corazón me dio un vuelco y me senté de un salto. Abrí la boca para hablar pero me ahogué con mi propio aire, no sabía que decir. ¿Cómo sabía ella quien era Lore de los Polvos? Bueno, estaba claro que no lo sabía, me lo estaba preguntando, pero ¿de dónde había sacado su nombre? Bueno, su apodo. Supongo que notó mi cara de asombro.

—Perdona, es que anoche dejaste el móvil encima de la mesa y esta mañana a sonado, e ignorado la llamada pero al momento ha vuelto a sonar y entonces he ido a cogerlo y he visto que era Lore de los Polvos—matizó con una sonrisa.

—¿Has hablado con ella?—dije después de aclararme un poco la garganta.

—No, ha colgado rápido la segunda vez.

Inspiré una gran bocanada de aire y justo cuando iba a hablar ella volvió a interrumpirme.

—Lo siento Lai, no es asunto mío perdona.

—No, tranquila—no sabía porque pero quería aclarárselo—Lore de los Polvos es...eso, Lore de los Polvos, una amiga—contesté sin darle mayor importancia.

—¿Te gustan las mujeres?—preguntó sorprendida.

—Sí.

—¿Por qué no me lo has dicho?—preguntó con un tono un poco acusatorio que no me gustó ni un pelo.

—Porque mi inclinación sexual es cosa mía, no creo que tenga que darte ninguna explicación Claudia—dije sacando mi lado borde.

—Pero ayer estabas ahí casi desnuda—me acusó.

No sabía muy bien a donde quería llegar con sus palabras pero me sentí ofendida.

—Tú estabas más desnuda que yo y yo no te dije nada, ¿Qué pasa que te sientes violada? ¿Crees que en cuanto veo una mujer desnuda pierdo el culo por follármela o qué?—le grité.

—Yo no he dicho eso Lai, es solo que...—apoyó las manos en la barra y agachó la cabeza como si buscara palabras por debajo de su puto pelo azulado—da igual, déjalo, perdona si te he ofendido.

De nuevo puso rumbo a su habitación y no salió en toda la tarde. Sabía que se sentía incómoda, lo estaba cuando estuvimos en aquel local y lo estaba ahora que sabía que yo también era lesbiana. Me molestó su reacción, esa sensación de incomodidad que demostraba me molestaba, pero sobre todo me molestaba porque

aunque me jodiera reconocerlo estaba empezando a sentir algo diferente por ella, no sabía muy bien que era y eso me cabreaba, ya solo me faltaba pillarme por una homófoba de mierda.

Yo también me encerré en mi cuarto y decidí que era un buen momento para llamar a mi Lore, no a la de los polvos, a Lore de las Hostias, me contestó en la primera llamada.

—Joder, que rápida—dije.

—Estaba a punto de llamarte cariño, ¿Cómo va por la capital?

—Pfff, va—contesté asqueada.

—¿Pfff? ¿Qué coño es pfff Lai?—preguntó como si le hubiese enfadado mi respuesta.

—Nada Lore, va normal y punto.

—De punto nada que nos conocemos, a ti te pasa algo y vas a contármelo ahora mismo... ¡Habla Lai o te meto un hostión por teléfono!—ordenó.

Solo de imaginármela en persona me hice pipi y caca encima. Entonces arranqué y le expliqué lo que me había pasado con Claudia, desde el momento tetas hasta lo que acababa de decirme.

—¡Será puta!—gritó.

Me puse a reír solo de imaginarme su cara, los ojos se le hacían más grandes cuando se enfadaba, a veces tenía la sensación de que le iban a saltar de la cara como dos muelles.

—Cuando volváis a aquí le explicaré yo cuatro cositas a la recatada esa.

—Déjalo Lore, solo me he cabreado un poco pero ya está, además pienso vengarme esta noche—dije sonriendo para mí.

—Esa es mi chica, ¿qué vas a hacer?

—Nada, no te preocupes, te dejo—dije al escuchar que me entraba un mensaje.

—Lai...—dijo en plan no te pases.

—Tranquila, me portaré bien.

Me despedí de mi Lore sintiéndome mucho mejor, desahogarme con ella me había sentado bien. Entonces leí el mensaje, era de Marcos diciendo que la niñata de los cojones salía otra vez, lo cual era necesario para mi venganza así que perfecto. Claudia llamó a la puerta de mi habitación y tras unos segundos en los que no le contesté abrió la puerta con cuidado, yo estaba sentada a los pies de la cama.

—¿Has leído el mensaje?—preguntó con un tono de arrepentimiento bastante claro.

Yo alcé el móvil para indicarle que sí y no le contesté. Cenamos en silencio y en cuanto Marcos nos dijo que ya se dirigían al local hicimos lo mismo.

La venganza

Entramos en el mismo local que el día anterior y otra vez volvimos a ocupar una barra cada una mientras la dulce Sandra bailoteaba como si estuviera en celo. Claudia se sacó de encima rápido a sus acosadoras, por lo que deduje que estaba utilizando mi técnica, es decir, decir que yo era su novia, pero yo iba a encargarme de que lo pasara un poco mal esa noche. En las casi dos horas que llevábamos allí no me miró ni una sola vez, no sabía si porque se sentía avergonzada o porque tenía otros motivos, pero ya me daba igual, había llegado el momento de vengarme. A la vez que vigilaba a Sandra iba echando un vistazo a las chicas que venían a mi barra, hasta que encontré a la que era perfecta para ejecutar mi plan.

La chica era del montón, pero llevaba rato mirando con ojos depredadores en todas direcciones, estaba claro que pasaba hambre y yo iba a ayudarla a pillar cacho.

Claudia tenía sus ojos clavados en Sandra así que aproveché eso y la gran cantidad de chicas que había para acercarme a la depredadora.

—¿Ves a la morena de la barra?—le grité al oído.

—¿A aquel bombón?—dijo señalando a Claudia.

Joder mi plan iba sobre ruedas.

—Sí—le grité de nuevo—es amiga mía ¿sabes? hace poco que ha salido del armario y está un poco cohibida, lleva toda la noche mirándote pero creo que le da cosa decirte algo.

—Eso tiene solución—dijo guiñándome un ojo.

Sí, ya lo creo que la tenía, y yo iba a disfrutar viéndola.

—Oye, otra cosa. Antes de entrar le he dicho que hoy no saldría de aquí sin que alguna le tocara el culo, no me gustaría quedar mal, ¿te importaría?

—Será un placer—dijo recreando la escena en su mente.

Joder, había dado con una perversa.

—Ah, y si te dice que soy su novia no le hagas ni puto caso, lo hace porque le da vergüenza hablar con chicas y se refugia en mí. ¡Y sobre todo no le digas que te lo he dicho yo o me matará!—le berreé cuando se iba en su busca.

Se giró y me hizo un gesto sobre sus labios como si cerrara una cremallera. En ese momento me dio un poco de caquita pero volví a mi barra y me centré en Sandra, aunque no sin echar un vistazo de vez en cuando hacia mi compañera. La perversa empezó a hablar con Claudia, al principio respetaba la distancia pero poco a poco la iba arrinconando contra la barra, mis ojos galopaban entre Sandra y ella como si estuviera en un partido de tenis.

Empecé a ver como Claudia señalaba en mi dirección una y otra vez y yo no podía evitar que se me escapara la risa. La perversa la ignoraba y seguía alargando la agonía de Claudia hasta que de pronto ¡Zas! Estampó sus dos manos en el culo de Claudia y se lo agarró entero, llegando incluso a levantarla ligeramente del suelo.

A Claudia se le descompuso la cara y se escabulló de ella en un movimiento tan rápido que casi no pude verlo, estaba centrada en nuestra niñata que llevaba toda la noche comportándose sorprendentemente bien. Cuando volví a mirar Claudia estaba cruzando la pista en mi dirección y la perversa la seguía, llegó hasta mí, bajo mi disfrutona mirada, me cogió por la cintura y me habló al oído.

—Tienes que ayudarme por favor, no puedo quitármela de encima, le he dicho que eres mi novia pero no se lo cree—me suplicó alarmada.

Habló tan rápido que me costó entenderla, pero la vi tan angustiada que me sentí mal y decidí dar por zanjada mi venganza. La miré seria, como si todavía estuviera enfadada.

—Espera—le dije, dejándola en la barra y dirigiéndome a la perversa que esperaba detrás.

—Lo siento, creo que aún no está preparada, ¿te importa dejarlo para más adelante?—le dije amablemente.

—Soy paciente—contestó guiñándome un ojo de nuevo. Después se fue.

Joder realmente daba miedo, suerte que unos días las dos volveríamos a Barcelona

y no la veríamos a ver más.

—¡Joder, me ha tocado el culo!—se quejó indignada.

—Lo he visto—puntualicé sin desviar la mirada de Sandra—¿Te ha gustado?—le grité.

—¡No, claro que no! Tú no has visto como me miraba Lai, creo que se estaba haciendo pajas mentales—dijo aún más indignada.

Yo no pude evitar reírme.

—¡A mí no me hacer gracia!—dijo enfadada.

Ya bueno, esa era la gracia, que a ella no le hiciera gracia.

—¿Qué le has dicho para que se fuera tan rápido?—preguntó intrigada.

—Que aún no estabas preparada, que te diera un poco más de tiempo, ya sabes...

—¿Qué? ¿De qué vas?—dijo golpeándome el hombro para que la mirara.

—No, de que vas tú Claudia, ahora que te sientes intimidada acudes a mí, en cambio en el apartamento soy una acosadora que se desnuda para provocarte ¿no?...

—¡Joder, me la has enviado tú ¿no?! ¡Serás cabrona!—dijo contestándose a sí misma.

—Jódete Claudia, estamos en paz—dije mirando a Sandra, pero Sandra no estaba—¿Dónde coño está la niñata?—le pregunté.

—Mierda—dijo—esto es culpa tuya Lai, si no hicieras gilipollices no la habríamos perdido.

La ignoré y empezamos a buscarla, primero miramos por la pista y después en los baños pero no había ni rastro. Decidimos avisar a Marcos de nuestra torpeza pero se nos adelantó con un mensaje.

“¿Qué coño hacéis? Sandra ha salido, se ha metido en el local de al lado”

Salimos por patas y entramos en el local contiguo, nos costó casi un cuarto de hora dar con ella pese a que ese garito era aún más pequeño que el anterior. Estaba en la única barra que había así que nosotras nos apoyamos en una columna sin dirigirnos la

palabra. Esa noche la niñata se quedó hasta que cerraron el local por lo que llegamos al apartamento a las siete de la mañana. Decidí compensar esas horas de insomnio levantándome a las siete de la tarde.

Atravesé el comedor y me dirigí directamente a la ducha, salí envuelta en la toalla y abrí la nevera mientras Claudia leía un libro en el sofá con sus gafas puestas. Quedaba un trozo de tortilla del día anterior.

—¿Te lo vas a comer?—le pregunté.

—Ya he comido—contestó sin mirarme.

Lo cogí y me lo zampé de camino a mi habitación. Cerré la puerta y entonces me acordé de que no le había devuelto la llamada a Lore de los Polvos.

«Joder»

Me tumbé en la cama desnuda y la llamé, le pedí perdón por no haberla llamado antes y suspiré.

—¿Dónde estás?—me preguntó.

—En la cama—contesté.

—¿Desnuda?

Mierda, sentí un hormigueo de placer entre mis piernas cuando me di cuenta de por dónde iba Lore.

—Sí—jadee.

—¿Estás húmeda?—preguntó con un tono más provocador.

—Creo que sí—contesté con la respiración acelerada.

Me estaba poniendo muy nerviosa, nunca había hecho eso por teléfono y estaba algo perdida.

—¿Crees? Joder Lai, quiero que te toques y me lo confirmes.

Le hice caso, confirmado, un diluvio entre mis piernas.

—Bien, ahora vas a hacer todo lo que yo te diga...—Su voz sonó como si ella se

estuviera tocando, joder como me gustaba follar con Lore.

Hice todo lo que me pidió y ahogué mis gemidos contra la almohada, no quería que Claudia me oyera. Después se corrió ella y estuvimos hablando un buen rato. También le conté toda la historia con Claudia, pero Lore no parecía compartir la misma visión que mi otra Lore y yo, y eso me desconcertó un poco.

—¿No te has parado a pensar que a lo mejor se comporta así porque le gustas Lai?
—sugirió.

—¿Qué dices Lore? A ella le van los tíos, te acabo de contar que el otro día se folló a uno aquí mismo ¿se te ha olvidado?

—Eso no tiene nada que ver, tú acabas de follar conmigo ahora y las dos sabemos que sientes algo por ella.

Sus palabras se me atragantaron, me aplastaron el tórax, me quedé muda. No eran alucinaciones mías si Lore también lo había notado.

—Lai...—dijo.

—¿Qué?—contesté pucherosa.

—Que no es malo nena, sentir algo por otra persona es bueno.

—Yo no quiero sentir nada Lore, estoy bien así.

—Lo siento nena pero eso no se escoge, creo que deberías hablar con ella y aclararlo, si estoy equivocada siempre podrás seguir follando conmigo—bromeó.

—¡Joder Lore!—me quejé.

—Hazme caso Lai, no pierdes nada por preguntárselo.

—Espera—dije al oír que Claudia llamaba a mi puerta—¡Estoy desnuda!—le grité.

A mí me daba igual que me viera pero si tanto la incomodaba era una forma de que no entrara. Abrió la puerta igualmente, me miró fijamente durante unos segundos, sin decir nada, como si estudiara mi cuerpo mientras yo sujetaba el teléfono y me excitaba tremendamente ante su mirada profunda.

—La niñata sale otra vez, deberías vestirte, prepararé algo para cenar.

Salió y cerró la puerta.

—¿Era ella?—preguntó Lore desde el otro lado del teléfono.

—Sí—contesté con la mirada clavada en la puerta que aquella preciosa mujer acababa de cerrar.

—Tiene una voz bonita, y dulce—apuntó Lore.

—Sí, la tiene...

—Tengo que dejarte Lai, no seas gilipollas y ve a por ella, ya me contarás nena.

Salí de la habitación con la toalla y volví a darme una ducha, no sabía porque pero de repente me sentía sucia.

—¿Te ayudo?—dije acercándome a la barra de la cocina ya vestida.

—No hace falta, voy a hacer un sobre de pasta precocinada—dijo.

Preparé los cubiertos y me senté en uno de los taburetes.

—¿Era Lore de los Polvos?—preguntó con cierta ironía, como si le debiera una explicación.

—Sí, y me ha echado un polvo telefónico si es lo que quieres saber.

—Hubiera preferido no saberlo—contestó en voz baja mientras echaba la pasta en la olla.

Me arrepentí al instante de lo que había salido por mi boca, sobre todo cuando noté en su tono de voz que le había dolido.

—Perdona Claudia, eso ha estado de más, lo siento.

—Tranquila, ¿somos adultas no? Yo follé el otro día y tú has follado hoy, las dos satisfechas...

Zas, eso me dolió a mí, el día que lo hizo no me molestó, pero recordarla ahora en brazos de otro me jodía mucho. Me lo tenía merecido por gilipollas.

Me lo merecía

Ya no nos hablamos más en toda la cena, cuando acabamos recogimos y nos fuimos andando al primer local, eso de que hubiera locales que abrían todos los días de la semana me estaba pasando factura, estaba hecha polvo. Se repitió la misma escena, empezaba a ser un poco coñazo ya, la niñata bailaba y Claudia y yo tomábamos posiciones en nuestras respectivas barras. Así hasta que la fiestera de Sandra decidió irse pronto, avisamos a Marcos y Claudia vino a mi barra a esperar a que nos dijeran a dónde iba la niña esa vez. La respuesta la recibió Claudia y me enseñó el móvil: “Se va a casa, sois libres, cosa nuestra”

Yo arqueé las cejas sorprendida y Claudia pidió dos chupitos de tequila.

—Supongo que la resaca le está pasando factura—dijo Claudia para romper el hielo después de que nos bebiéramos los chupitos.

—A esa edad las resacas duran pocas horas—dije arrancándole una sonrisa.

Me quedé embobada mirando como sonreía, creo que hasta entonces no lo había hecho y le salían unos hoyuelos muy sexys en las mejillas. Me pedí un Gintonic y ella me imitó.

—Joder que viene—dijo pegándose a mí para esconderse.

—¿Quién?—pregunté preocupada.

—¡La tocaculos!—me contestó al oído.

«Mierda»

Me giré y la vi, me miraba raro, como si esperara que me apartara para dejarle vía libre con Claudia y yo no estaba dispuesta a hacerlo, aquello lo había provocado yo y yo tenía que solucionarlo. Le pegué un trago largo al cubata, le dije a Claudia que se esperara y me acerqué a ella.

—¿Hoy está más dispuesta?—dijo con su cara de viciosa.

Me entraron ganas de abofetearme yo sola, de todas las tías normales que había en el local aquella noche yo fui a elegir a la única que estaba pirada.

—Lo siento pero está conmigo—dije firmemente—perdona, estaba cabreada con ella y quise gastarle una broma, no pensé que te lo tomarías tan en serio.

Se me quedó mirando sin decir nada, no la vi venir, o sí, no estaba segura, pero me merecía lo que iba a hacerme y creo que por eso no me defendí. Me soltó un revés, debió de calcular mal porque no me pilló de pleno, pero noté como sus nudillos impactaban secamente contra mi pómulo hasta hacerme perder el equilibrio, alguien me sostuvo por detrás y cuando fue a darme el segundo, Claudia le cogió la muñeca y se la retorció hasta hacerla hincar la rodilla, después se agachó y le dijo algo al oído, la perversa se fue. Todo eso lo veía yo mientras me zumbaba toda la cabeza y me palpitaba el corazón en la mejilla, me recordó mucho a la vez que Lore de las Hostias me arreó aquel hostión, solo que este no me dolía tanto, no fue tan fuerte.

—Joder Lai, ¿qué coño le has dicho para cabrearla tanto?—preguntó Claudia recogíendome de los brazos de otra y apoyándome en la barra.

La camarera le pasó un trapo con hielo y me lo puso en la cara, yo cogí el resto del cubata y me lo bebí de un trago.

—La verdad Claudia, jugué con ella para meterme contigo, así que me merezco el guantazo.

—Nadie se merece que le peguen Lai—dijo sonriendo ante mis gilipolleces.

—Yo sí, por mi culpa ella te tocó el culo y yo no—dije aturdida por el golpe.

Claudia me miró fijamente con la sonrisa medio dibujada en su cara.

—¿Lo he dicho en voz alta?—pregunté con cara de cordero degollado.

—Sí—contestó levantando el trapo para ver mi cara.

Me llegó su dulce aliento, aún tenía olor a tequila y yo me moría de ganas de besarla, pero me contuve, no quería meter más la pata. Claudia se acabó su cubata y pidió otros dos chupitos de tequila.

—Te irá bien para el dolor—dijo.

—No me duele—dije yo reprimiendo las ganas de llorar por el dolor.

—Anda que no—contestó riendo y acariciándome la mejilla buena.

Nos bebimos el chupito y volví a colocarme el hielo en la cara, no me apetecía nada que se me hinchara y además me aliviaba.

—Lai, quiero aclarar lo del otro día—dijo mirándome a los ojos, bueno al ojo, porque en ese momento yo solo tenía uno y me costaba un poco enfocar.

—¿El qué?—dije sin saber muy bien a que se refería.

Suspiró como si quisiera decir algo y no se atreviera, pero al final se decidió y arrancó.

—El otro día, cuando dije que estabas medio desnuda me exprese mal y tú me entendiste peor Lai, en ningún momento me he sentido acosada, ni mucho menos incómoda en tu presencia. Lo único que te quería decir aquel día es que me gustó cuando chocamos, sentí algo diferente, algo que no había sentido nunca con un hombre, algo que me gustó Lai. No me molesta que me mires, me encanta que lo hagas.

Entonces se giró hacia la barra y volvió a pedir dos Gintónics. Yo no sabía que decir, aquellas palabras se colaron en mi mente y empezaron a dar vueltas sin que yo supiera ubicarlas. Joder como me dolía la cara. Me la quedé mirando mientras ella bebía y le dije lo único que me vino a la cabeza en ese momento.

—A veces eres muy desagradable ¿Te lo han dicho alguna vez?

Joder, ¿por qué coño había dicho eso? ¿Era el golpe? ¿El alcohol? ¿O era yo que me había vuelto gilipollas del todo?

Me miró sorprendida, a mí, allí, con un trapo en la cara y la boca medio abierta como una imbécil. De pronto empezó a reírse y yo me sentí aliviada, al menos no le había sentado mal.

—Sí que me lo han dicho Lai, aunque tú también eres bastante borde cuando quieres, y dulce—añadió—La borde y dulce Lai—dijo con una sonrisa.

Yo me estaba deshaciendo por dentro, quería abrazarla, que me abrazara, que me besara y todo lo que le apeteciera hacer conmigo. Pero no podía hacerlo, tenía demasiadas preguntas para Claudia, no sabía si eso que sentía era puro morbo por no

haber estado nunca con una mujer, ni si quiera sabía si había estado con alguna mujer, en ese momento solo sabía que me dolía la cara a rabiar y ella lo notó.

—Vámonos—tienes que descansar.

Yo asentí, no podía estar más de acuerdo.

—Le he robado el trapo a la camarera—dije mientras caminábamos por la calle.

Claudia empezó a reírse.

—Mañana se lo devolveremos, no te preocupes—dijo pasando su mano por mi cintura al ver que me tambaleaba un poco.

No era que estuviera borracha, es que con un solo ojo me estaba costando un montón ver dónde ponía los pies.

—Deberíamos ir al hospital a que te echen un vistazo Lai—dijo preocupada.

—Estoy bien, solo quiero tumbarme y dormir hasta el mes que viene—dije agarrándome también a su cintura.

Entramos en el apartamento y me acompañó a mi cama, me senté y me dejé caer haciendo una mueca de dolor.

—Tienes que quitarte la ropa y ponerte bien Lai, así no vas a descansar—dijo cogiéndome de las manos para que me incorporara de nuevo.

Estaba demasiado aturdida para decirle que no era capaz de quitarme la ropa, solo de pensar en el roce de la camiseta por mi cara me ponía mala. Claudia deshizo mi cama y la preparó para que pudiera tumbarme, me descalzó y me quitó los pantalones con mi torpe ayuda.

—La camiseta no—susurré suplicando.

—No te haré daño, lo prometo.

Y no lo hizo, aunque para ello me rompió la camiseta, estiró tanto el cuello para que no me rozara la cara que acabó desgarrándose por la costura.

—Vaya mierda de camiseta—dije mientras ella se reía.

—Lo siento, te compraré una.

Me ayudó a tumbarme y señaló mi sujetador.

—¿Duermes en bragas no? ¿Te lo quito?

Yo me la quedé mirando, no soportaba dormir con sujetador, no conocía nada más incómodo que eso, pero de pronto me ruborizaba que ella me viera desnuda, o casi desnuda.

—Ya te he visto las tetas Lai, no seas cría anda.

Me giré un poco para que pudiera desabrocharlo, sentí como sus manos rozaban mi espalda y como sus dedos rozaban mis brazos cuando bajo las tiras, no pude evitar la excitación y mis pezones endurecidos así se lo indicaron a ella.

—Lo siento—dije ladeando la cabeza para evitar el contacto directo con su mirada.

¿En qué me estaba convirtiendo? La Lai de hacía una semana le hubiera pedido que los acariciara, que los lamiera y que se la follara, pero con Claudia no quería que fuera así, no quería que fuera sexo sin más, necesitaba mucho más de ella, la necesitaba a ella.

—Son preciosas—me susurró—descansa.

Me cubrió con la sábana y salió de la habitación sin cerrar la puerta.

El beso

—Lai despierta—oí de fondo—son las cinco de la tarde, tienes que comer—dijo Claudia mientras subía la persiana de mi habitación poco a poco.

Abrí los ojos, joder como me dolía la cara. Me la quedé mirando mientras acababa de subir la persiana, llevaba un pantalón corto, muy corto, de esos que casi se te ve el culo, y una camiseta de tirantes, el pelo recogido y desaliñado en una cola alta y las gafas puestas. Que increíble visión para empezar el día, o la tarde...

—¿Estabas leyendo?—pregunté.

Entonces se llevó la mano a la cara, como si no recordara que las llevaba puestas.

—No te las quites, te quedan muy bien.

Ella me sonrió.

—¿Cómo estás? ¿Te duele mucho?—preguntó.

—Un poco, bueno un poco bastante—me retracté.

—He hecho caldo y pastel de carne, cuando comas te tomas un analgésico.

—¿Puedes dármelo ahora?

—Cuando comas.

Solo le faltó decir: y punto. Se acercó a la cama y se sentó a mi lado, a la altura de mis piernas.

—Te ha llamado Lore—dijo de pronto.

Yo di un respingo y me incorporé de golpe, la sábana se bajó y me dejó con las tetas al aire, por no hablar de que al moverme tan rápido se me nubló la vista y tuve que dejarme caer otra vez.

—Joder Lai, que bruta eres—dijo poniendo su mano en mi frente.

—¿Era Lore deee?—pregunté intentando adivinar cuál de las dos era.

—Las Hostias, era Lore de las Hostias—dijo sin poder evitar reírse—¿Cuántas Lores tienes?—preguntó intrigada.

—Solo a esas dos, además a Lore de las Hostias la conoces, es la entrenadora de...

—Lo sé—me interrumpió—no dejaba de sonar y he contestado.

«Mierda»

—Digamos que me ha dicho cuatro cosillas y me ha amenazado un poco...

—Mierda Claudia lo siento, hablé con ella cuando estaba cabreada contigo y...

—Tranquila, ya lo hemos aclarado—dijo sin poder evitar mirarme las tetas.

Joder, se me había olvidado que estaba allí tirada medio desnuda.

—¿Puedes levantarte o te ayudo?—preguntó al ver cómo me ruborizaba otra vez.

—Puedo yo—me apresuré a contestar.

Me bebí el caldo y después me puso un trozo de pastel de carne.

—Joder Claudia, que bueno.

—Gracias, me alegro de que te guste, me he pasado dos horas en la cocina.

—¿Te gusta cocinar no?—pregunté devorando el pastel.

—Digamos que me relaja cocinar, cuando me pongo a preparar una receta me olvido de todo lo demás—dijo poniendo una mano en mi hombro para levantarse.

Cogió mi preciada pastilla para el dolor y me la dio.

—Gracias.

—De nada. Por cierto ha llamado Marcos—dijo.

—No me lo digas, la niña sale otra vez.

—Premio.

—Joder, ¿es que no se cansa nunca?

—Parece que no. Hoy iré yo sola Lai, te quedas aquí descansando.

—Si hombre—contesté como una niña pequeña—voy contigo, esto es solo un golpe.

«Y alguien tiene que protegerte de esas hienas hambrientas»

—Además soy tu coartada para librarte de las acosadoras...

—Creo que podré apañarme—dijo mirándome con una dulzura hasta ahora desconocida por mí en su carácter.

—Iré—puntualicé—voy a ducharme.

Lo primero que hice fue mirarme en el espejo, al menos esta vez no tenía la frente morada ni se me había inflamado la cara, la fiesta multicolor solo alcanzaba parte del pómulos y del ojo.

—¿Quieres que te lo maquille un poco?

—No, así pareceré más chunga—bromeé.

Estuvimos viendo series en el sofá sin mencionar nada de lo que hablamos el día anterior, bueno de lo que habló ella, yo todavía no me había pronunciado al respecto. Entonces Marcos nos avisó y volvimos al local de siempre.

—¿No darás problemas no?—me dijo la de la puerta mientras Claudia se reía.

—No—contesté ofendida y de mala gana—¿Esta de qué va?—le pregunté a Claudia.

Ella se echó a reír otra vez y se acercó a mi oído.

—Reconoce que pareces una pandillera con el ojo así—me susurró—pero una pandillera sexy—bromeó ya en voz alta.

Como era de esperar nuestra niñata estaba donde siempre, con sus amigas de siempre y sus gilipolleces de siempre, a su amiga le volvieron a entrar ganas de hacer fotos y Claudia se encargó de avisar a los chicos. Pero esa noche la dulce criatura

decidió que quería echar un polvo y no se molestó en salir del local, la seguimos al lavabo con su acompañante y estuvimos haciendo guardia en la puerta del baño en el que se metieron para evitar que alguien colara una cámara por debajo de la puerta.

—Esto es raro—dijo Claudia mientras las niñas gemían como auténticas salvajes.

—Sal fuera si quieres, ya me quedo yo—dije al notar que se sentía algo incómoda al escuchar a dos mujeres echando un polvo.

—No, me quedo, sobreviviré—dijo.

A mí me entró un ataque de risa que hizo que me retorciera de dolor cuando se me achinaron los ojos al reírme. Claudia se contagió de mi risa y estuvimos un buen rato así. Unos minutos después salieron, Claudia se metió en un baño y yo me lavé las manos para disimular, entonces oí como su acompañante le decía de ir a su casa. Joder, podían haber ido desde el principio. Avisamos a Marcos y pasó a ser problema de ellos otra vez.

—¿Un chupito?—le pregunté.

—Sí por favor—suplicó después de la tortura que sufrió en el baño.

Fuimos a la barra, a la mía, a la nuestra. Nos bebimos nuestro chupito reglamentario y después pedimos unos Gintónics y empezamos a hablar de cualquier cosa.

—¿Por qué azul?—pregunté señalando su pelo.

Se encogió de hombros y sonrió.

—No sé, me apetecía cambiar un poco y el azul me pareció un buen color ¿tan mal me queda?—preguntó preocupada.

—No, no, que va, es curiosidad Claudia, me encanta como te queda. Por cierto ¿Qué le dijiste a la tocaculos cuando le retorciste el brazo?

Claudia sonrió al recordarlo.

—Que yo solo quería follar con una mujer y no era ella. Y que si volvía a tocarte le partiría las piernas.

Joder con la mosquita muerta. No supe que contestar a lo que me dijo y ella

cambió de tema enseguida, como si tampoco quisiese que le dijera nada.

—¿Cómo vas de dolor?—preguntó acercándose más a mí y haciendo que me pusiera muy nerviosa.

—Bien, estoy bastante anestesiada—dije señalando el cubata, ya era el segundo y eso más el chupito me había subido un poco.

Apoyó el codo en la barra mientras seguía mirándome, no me decía nada y a mí me empezaba a latir el corazón en la garganta.

—Claudia para de mirarme—supliqué sonriendo.

No me hizo caso, solo abrió la boca y escupió dos palabras que hicieron que me temblaran las piernas.

—¿Puedo besarte?—dijo así, sin más.

Yo me quedé en blanco, el corazón se me desbocó y no pude articular palabra. Claudia colocó su mano en mi nuca y poco a poco acercó sus labios a los míos, despacio, como si tuviera miedo, acabó contagiándome ese miedo y empezaron a temblarnos los labios a las dos, como si jamás hubiésemos besado nunca a nadie. Entonces nuestros carnosos labios se encontraron en un simple y tierno beso, sin abrir la boca, solo un dulce beso que me supo a gloria, nos quedamos pegadas sintiendo ese calor que desprendían nuestros labios hasta que nos quedamos sin aire y nos separamos.

Joder que beso, era el más simple que me habían dado nunca y el que más me había hecho sentir, sentí que necesitaba a Claudia cerca, que no quería levantarme ni una sola mañana y no verla. La abracé, la abracé con fuerza y ella me correspondió, no sé cuantos minutos nos quedamos así, mientras estábamos abrazadas el mundo dejó de existir, solo estábamos ella y yo, la desagradable Claudia y la borde y dulce Lai.

—No vas a seguir besándome ¿verdad?—dijo sin dejar de abrazarme.

—No—jadeé.

—¿No quieres?—dijo separándose de mí con gesto de desaprobación.

—Claro que quiero Claudia, ni te imaginas las ganas que tengo, pero no quiero que sea así—dije señalando los cubatas.

—¿Así como Lai?—dijo ofendida.

—No quiero que estés bajo los efectos del alcohol Claudia, y las dos lo estamos, quiero que lo hagas porque realmente quieres y no porque te sientas desinhibida, no espero que lo entiendas pero necesito que sea así.

—Pues no lo entiendo no, ¿Crees que no me apetece besarte cada día en cuanto te veo? ¿Crees que necesito alcohol para saber eso? ¡Qué te den Lai!—y se fue.

Si me hubiera dejado terminar le hubiese explicado mis motivos, eran muy simples, si ahora me besaba, seguramente acabaríamos acostándonos, y si al día siguiente se arrepentía y decidía que eso no era lo suyo, yo no solo tendría que echar de menos a Claudia a secas, tendría que echar de menos a Claudia, a sus besos y a sus caricias. No me lo podía permitir, no después de lo que había pasado con Vero, Vero me había roto el corazón y Claudia me lo había robado, si me lo volvía a romper tan rápido no estaba segura de poder recuperarme por muchas Lores de los Polvos que encontrara.

Sin conocimiento

Cuando me levanté Claudia ya estaba en el sofá leyendo, empezaba a preguntarme si es mujer dormía en algún momento, también era cierto que yo últimamente me pasaba, no estaba acostumbrada a trasnochar tanto ni tan seguido, y mi cuerpo tenía que recuperarse. Eran las cinco de la tarde, la saludé y me devolvió el saludo más frío y distante desde que la conocía. Aún quedaba pastel de carne, cogí un trozo y me volví a mi habitación, me costó tragármelo, tenía un nudo en la garganta y no había manera de que se deshiciera. Me di una ducha y después de vestirme salí al comedor, Claudia seguía leyendo.

—Claudia—dije interrumpiendo su lectura.

Alzó la vista por encima del libro y suspiró frunciendo el ceño.

—No quiero hablar Lai—contestó volviendo a su puto libro.

—Solo quiero aclarar lo de ayer—dije en plan súplica.

—No hay nada que aclarar, me rechazaste y ya está, yo creo que quedó bastante clarito—dijo en un tono nada amigable.

—No te rechacé Claudia—dije en mi defensa.

Su semblante cambió y se volvió aún más serio, creo que hasta los ojos le cambiaron de color, estaba cabreada, muy cabreada.

—¡Sí que lo hiciste Lai! Te escudaste en la puta bebida y me acusaste de no estar segura de lo que sentía, y ¿sabes lo que creo? creo que la que no está segura eres tú, te da miedo estar con una novata y supongo que tampoco quieres dejar de follar con tu Lore de los Polvos—dijo cerrando el libro y dejándolo encima de la mesa.

Eso me dolió, todo lo que dijo me dolió como una patada en el estómago, yo sabía lo que sentía por ella y no me importaba que fuera novata, yo también lo fui en su día, y también tenía claro que mi relación sexual con Lore de los Polvos había acabado,

aunque no mi amistad con ella. Lo único que quería era explicarle mis motivos y aclararle lo que sentía por ella pero Claudia estaba demasiado ofendida por el rechazo y no me dejó. Supongo que en parte tenía razón, los rechazos dolían, pero yo en ningún momento pretendí que se sintiera así.

—Claudia...

—Da igual Lai, mañana nos vamos, así que esta mierda se acaba.

—¿Qué? ¿Nos vamos?—pregunté sorprendida.

—Ha llamado Toni, la firma del cargo se ha adelantado, mañana tienen una presentación de no sé que rollo y pasado la firma, solo nos tenemos que ocupar de la niñata esta noche, nuestro vuelo sale mañana a las doce así que ponte el puto despertador o te quedarás en Madrid.

Claudia se levantó y se fue a su habitación, yo me senté en el sofá para asimilar lo que acababa de decirme, aquello me cayó encima como un jarro de agua fría, en menos de veinticuatro horas iba a dejar de ver a Claudia, unos días atrás hubiera estado encantada con la noticia, pero ahora no quería, no quería separarme de ella y encima no me hablaba.

«Perfecto Lai»

Por la noche volvimos al local, cada una en su barra, yo miraba a Sandra pero ni siquiera la veía, solo era un bulto más en medio de la pista. Tenía unas ganas horribles de llorar, quería hablar con Claudia, quería besar a Claudia, quería hacer el amor con Claudia. De pronto algo llamó mi atención, había alboroto en la pista, miré a Claudia y vi que ya se acercaba al barullo, joder era la niñata de los huevos la que estaba armando el jaleo, me acerqué corriendo y vi a la chica de la coca otra vez, la niñata le asestó una hostia en la cara y automáticamente aquello se convirtió en una lluvia de guantazos, me fui a por la coquera, era la que más peligrosa me parecía, intenté cogerla y sentí un impacto muy fuerte en la cara, de pronto todo se volvió oscuro y silencioso.

Abrí los ojos aturdida, la luz blanca me cegaba, el ruido de la sirena se colaba por mis oídos provocándome pinchazos, intenté moverme pero no podía, estaba atada a la camilla, me pareció ver a un médico a un lado y a Claudia al otro, creo que me sujetaba la mano pero todo volvió a ser oscuro y silencioso. Abrí los ojos de nuevo, todo estaba en silencio, nada se movía, joder como me dolía la cabeza, noté calor en una mano, incliné la cabeza a la izquierda y vi a Claudia, estaba sentada en una silla y había apoyado su cabeza en mi colchón, estaba dormida con mi mano secuestrada

debajo.

Empecé a ponerme nerviosa, no sabía que había pasado, recordaba vagamente lo de la ambulancia pero no sabía si era un recuerdo o un sueño, a parte de eso lo único que recordaba era mi discusión con la mujer que dormía a mi lado. Empecé a respirar con dificultad, tenía un gotero en la otra mano y me dolía la puta cara. Mi respiración agitada despertó a Claudia.

—Tranquila Lai—me dijo poniendo una mano en mi cabeza—te pondrás bien es solo un golpe, pero tienes que relajarte ¿vale?

¿Qué puto golpe? ¿De qué hablaba? Vi como Claudia apretaba un botón y al momento apareció una doctora, era muy guapa y además tenía un semblante tan agradable como su voz cuando me habló.

—¿Puedes oírme Lai?—preguntó. Yo asentí y ella me enfocó los ojos con una linterna para que siguiera su dedo ¿Sabes lo que te ha pasado?

¿Cómo iba a saberlo si nadie me lo decía?

Negué con la cabeza.

—¿No recuerdas nada?—preguntó Claudia asustada.

—Una ambulancia—dije con la voz temblorosa.

—¿Sabes quién soy?—preguntó de nuevo Claudia con un gesto muy preocupado.

Estuve a punto de decirle que no para ver la cara que ponía, pero enseguida recordé lo enfadada que estaba conmigo y decidí que la broma igual no le hacía ninguna puta gracia.

—Sí—sonreí.

A ella se le iluminó la cara.

—Eso es bueno—dijo la doctora—te voy a poner un relajante para que te calmes un poco ¿vale?

Yo asentí y la doctora pinchó algo en el gotero.

—¿Es normal que no recuerde nada?—preguntó Claudia.

—Sí, no te preocupes, ha perdido el conocimiento dos veces, es muy común no recordar lo que ha sucedido antes del golpe. Volveré en un rato para ver cómo está, si hay cualquier cosa pulsa el botón.

—Gracias—dijo Claudia mientras la doctora se iba.

—¿Qué ha pasado?—le pregunté.

Claudia me miró y suspiró.

—Te haré un resumen ¿vale?—dijo con cara de cansancio.

—Vale.

—Bueno, pues nuestra querida niñata volvió a jugársela a la tía de la coca, ella se cabreó y empezaron a pegarse. Nosotras fuimos, tú quisiste agarrar por detrás a la de la coca para separarla y no sé muy bien como echó la cabeza hacia atrás para librarse de ti y te dio de lleno en la cara Lai. Perdiste el conocimiento antes de caerte al suelo —dijo con los ojos vidriosos—no me dio tiempo a cogerte, lo siento.

—¿Por eso me duele el culo también?

Ella se empezó a reír nerviosa.

—Sí, caíste de culo y luego de espaldas.

—¿Y la niñata, está bien?

—Sí, gracias a ti.

¿A mí? Por lo que me estaba contando no había sido de mucha ayuda.

—El golpe fue muy aparatoso Lai, perdiste el conocimiento tan rápido que la gente pensó que te había matado en el acto. La pelea se detuvo de golpe y las de seguridad se encargaron del resto.

—¿Tú también? ¿También pensaste que me había matado?—pregunté al ver cómo le cambiaba la cara al recordarlo.

—Sí.

—Lo siento Claudia, no quería asustarte. Joder con la coquera—dije para cambiar de tema—¿Qué me ha hecho? ¿Tienes un espejo?

Ella empezó a reírse negando con la cabeza.

—No tengo, pero no te preocupes, te ha dado en el mismo lado que ya tenías morado, así que ahora el morado es más grande, con más colores y un par de puntos en la ceja eso sí. Digamos que ahora en lugar de una pandillera sexy pareces una matona.

—¿Sexy?—pregunté.

—Muy sexy.

—¿Qué hora es?—pregunté alarmada.

—Las cuatro de la tarde—contestó agotada.

—¿Y el avión? ¿Por qué no te has ido?

«Mierda» ya la estaba liando.

Claudia se revolvió en su asiento hasta que acabó por levantarse, era una mezcla entre indignación y enfado, más de lo segundo creo.

—¡Mierda Lai! ¿De verdad quieres que me vaya? Porque si es eso dímelo y no verás más te lo juro.

—Nooo, no quiero—susurré con un nudo en la garganta.

—¡Pues no vuelvas a decirlo joder!

Yo miré hacia el lado, en busca de compañeros de habitación por si nos estaban oyendo.

—Tranquila es una clínica privada, va con el trabajo, tienes una habitación para ti sola me voy a por un café—dijo enfadada.

De pronto me vino un bajón, el relajante debió hacer su efecto y sentí unas asquerosas ganas de llorar, me sentía mal por lo de Claudia y me cabreaba mi infinita torpeza, parecía que tenía un don para meter la pata con ella. Se me escaparon algunas lágrimas y empezó a escocerme la cara. Joder con los putos golpes. Claudia tardaba en volver, supuse que necesitaba aire o que me estaba castigando por gilipollas, en cualquier caso acabé durmiéndome otra vez y no me enteré cuando volvió.

Lore de los Mocos

Volví a despertarme cuando note como una mano caliente me tomaba el pulso, abrí los ojos y vi a la doctora.

—Perdona, no quería despertarte—susurró en voz baja.

Entonces me giré y vi a Claudia, se había quedado frita en el sillón y alguien la había tapado con una manta.

—Se ha dormido hace un rato—dijo la doctora. Supuse que ella la había tapado.

Yo seguía de bajón, solo tenía ganas de llorar por todo y que la doctora me hablara con tanta dulzura hacía que aún me entraran más. Siempre me pasaba igual, cuando tenía el nudo en la garganta bastaba con que alguien me mostrara un poco de cariño para que acabara cediendo. Me giré hacia Claudia y las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas con disimulo, intentaba que la doctora no me viera.

Joder ¿es que no pensaba irse?

Cuanto más pensaba en que no quería llorar más grande era el nudo y más lágrimas me salían, más me costaba respirar y lo peor, llegaban esos mocos coñazo que siempre acompañan a las lágrimas. Me sorbí los mocos con disimulo pero no coló. La dulce doctora se dio cuenta.

—Lai—dijo cogiendo mi barbilla para girarme la cara en su dirección.

Yo me puse rígida, no quería que me viera llorar pero insistió.

—Lai mírame venga ¿Qué te pasa te duele mucho? No, no puede dolerte con lo que te he dado—dijo respondiéndose ella sola.

Hombre pues un poco sí que me dolía... Volvió a insistir hasta que la miré.

—¿Un mal día?—dijo con una dulce sonrisa que desató un mar de lágrimas y mocos en mí.

—Un mal año—dije como pude.

Joder como me escocia la cara. Ella pareció adivinarlo, bueno no creo, era doctora seguro que sabía más cosas que yo sobre lágrimas saladas resbalando por piel irritada. Cogió una gasa y la untó con algo, empezó a limpiarme las lágrimas con cuidado y me dio un pañuelo de papel para los mocos.

—Ten cuidado—escuché que decía.

Pero era tarde, yo ya había hecho explotar mi nariz contra el pañuelo sin miramientos y sentí un horrible dolor en el ojo y el pómulo. A la doctora se le escapó la risa y puso su mano sobre mi cara.

—Te iba a decir que te sonaras con cuidado Lai—susurró.

Yo respiraba con cierta dificultad, me hubiera puesto a gritar allí mismo de rabia, impotencia y dolor, pero no quería despertar a Claudia y volví a clavar la mirada en ella, mirarla me calmó relativamente, tenía una cara angelical cuando dormía, parecía mentira que esa mujer fuera tan desagradable a veces.

—¿Es por ella?—preguntó la doctora.

Joder ¿de dónde había salido esa mujer? Doctora, agradable y adivina. Asentí, total, no iba a verla más en cuanto me diera el alta, tal vez hablar un poco me ayudaría a deshacer el puto nudo que me estaba ahogando.

—Metí la pata—dije en voz baja mientras me sorbía los mocos.

—Puedes contármelo Lai, confidencialidad médico paciente—dijo guiñándome un ojo.

—Creo que piensa que no quiero estar con ella, que la rechacé...

—¿Lo hiciste?

—No. Le pedí que esperara al día siguiente y...

Me callé cuando vi que la doctora no entendía de que hablaba.

—Tendrás que ser un poco más específica—dijo con su adorable sonrisa.

—Verá...

—Tutéame Lai.

Joder, si Claudia no me quería tal vez le pidiera matrimonio a esta mujer algún día.

—Verás, estábamos trabajando y cuando terminamos bebimos un poco y ella me besó—me entró la risa floja al recordar aquel beso y la doctora sonrió conmigo.

—¿Y cuál es el problema? Porque está claro que te gustó ¿no?

—Síiii—dije como una quinceañera mientras me sorbía los mocos otra vez.

—Suénate—dijo dándome otro pañuelo—con cuidado—especificó cuando fui a cogerlo.

Le hice caso y me soné flojo tres o cuatro veces hasta que me sentí libre. Entonces continué con mi versión de la historia.

—Le dije que no quería que me besara bajo los efectos del alcohol, ella nunca ha estado con una mujer y yo necesitaba estar segura de que lo tenía claro, que lo hacía porque era lo que quería.

—Lo entiendo—dijo la doctora para mi sorpresa.

Joder ¿y porque no lo entiende Claudia?

—Necesitas saber que si hoy te acuestas con ella mañana no se arrepentirá.

—Exacto—dije.

—Pues díselo Lai, igual que me lo has dicho a mí.

—Lo he intentado, pero se sintió rechazada y ahora no me habla, al menos no de eso.

—Pero está aquí Lai, y según tengo entendido ha perdido un avión para eso, para quedarse contigo vamos...

—Ella cree que la que tiene miedo soy yo.

—¿Y lo tienes no?—afirmó.

—Un poco. Aún no hace un año que me rompieron el corazón como si no fuera importante, me lo destrozaron hasta convertirlo en pedazos y Claudia me lo ha

arreglado—suspiré hondo—pero también me lo ha robado.

—Y te da miedo que te haga daño—afirmó—Mira Lai, te aseguro que no soy la más indicada para dar consejos amorosos pero si hay una cosa que he aprendido en mis cuarenta y dos años es que si no te arriesgas te puedes perder cosas maravillosas, ¿Qué te pueden romper el corazón otra vez? Por supuesto, pero si has sobrevivido una vez podrás hacerlo las que hagan falta créeme.

Vaya, alguien le había partido el corazón a mi adorable doctora, estuve a punto de preguntarle el nombre para enviar a Lore de las Hostias a decirle cuatro cosas pero me contuve. Sus palabras me calmaron y miré otra vez a Claudia, me encantaba hacerlo.

—Dale un poco de tiempo para que se le pase el enfado y después habla con ella, pero hazlo Lai—insistió.

Se inclinó un poco sobre mí para echar un vistazo a los puntos de mi ceja y entonces vi algo que me cortó la respiración, su pecho estaba muy cerca de mi cara y como buena lesbiana no pude evitar mirar, la verdad es que tenía un escote muy bonito tras aquella camisa pero no fue eso lo que hizo que dejara de respirar. Fue su bata, de un lado de su bata blanca perfectamente planchada colgaba una placa identificativa que rezaba algo así como: Dra. Lorena Martín.

No me lo podía creer, tenía ante mí a Lore de los Mocos. Se retiró y se dio cuenta de que la miraba, fue un poco incómodo hasta que conseguí articular palabra y hacer que fuera peor.

—Lo siento, no te miraba las tetas lo juro. Bueno solo un momento—confesé—he mirado rápido pero no he visto nada lo prometo, bueno el canalillo sí, es bonito. Mierda lo siento—me callé sonrojada.

«Putos analgésicos»

Ella empezó a reírse ante mi torpeza verbal y esperó que continuara hablando pero entonces descubrí que tenía unas ganas enormes de mear, no había meado en todo el día.

—Me hago pis—dije con timidez.

—Te pondré la cuña.

¿Cuña? ¿Se le había ido la olla?

—¡No! Quiero levantarme.

—No, podrías marearte Lai.

—Me da igual no pienso mear una cuña doctora—Empecé a destaparme nerviosa y me incorporé, al hacerlo sentí un tremendo dolor de culo—¡Joder!—me quejé.

—¿Quieres tener cuidado Lai? Tienes un buen golpe en el culete.

¿Culete? Yo tenía culo no culete. Mierda.

—¿Me has visto el culo?—pregunté muerta de la vergüenza.

—Sí Lai, te he visto el culo, soy tu doctora y si te lo tengo que mirar otra vez lo haré—afirmó.

Creo que estaba empezando a enfadar a mi querida doctora. Había pensado callarme y dejar de dar el coñazo pero entonces me di cuenta de otra cosa: las bragas que llevaba puestas no eran las que yo me puse ese día y además llevaba una camiseta de tirantes que ni siquiera era mía, no llevaba el sujetador. Alguien me había desnudado.

—¿Y mi ropa? ¿Quién me ha cambiado?

—Yo Lai, con la ayuda de Claudia—dijo sonriendo—venga cógete a mí.

Me hundí en la mierda, que me hubiera visto la doctora vale, pero no quería que Claudia me viera desnuda, bueno sí, pero no en una cama de hospital. Me agarré a la doctora y me puse de pie, me mantuvo un rato quieta para asegurarse de que no me mareaba, después cogió el gotero y caminamos hasta el baño.

—¿Vas a quedarte ahí?—pregunté frente a la taza del váter.

—Sí, y eso no es negociable—sentenció—tengo que aguantar el gotero y estar cerca por si te mareas. No miraré venga.

Decidí no protestar más, bastante paciencia estaba teniendo la doctora conmigo, me bajé las bragas y me senté haciendo una mueca de dolor silenciosa, solo faltaba que me quejara y se girara y me viera meando. Algo así no podría superarlo nunca. Terminé y me ayudó a tumbarme.

—Miraba la placa—dije por fin con alivio señalando su bata.

Ella la sujetó en su mano y la miró en busca de algo pero no sabía a que me refería.

—Te llamas Lorena—dije.

—Sí—contestó ella con cara de interrogante.

—¿Sabes que yo sobreviví hasta encontrar a Claudia gracias a dos Lorenas?—dije agotada, alguna de las medicinas que había pinchado en mi gotero mientras hablábamos debía estar haciendo efecto porque empecé a tener mucho sueño.

—En ese caso Lai, si me necesitas ya tienes tres—susurró—ahora descansa, luego pasaré a verte y si mañana estás mejor te daré el alta.

Me acarició la mejilla buena y salió de la habitación. Yo me giré hacia Claudia y me quedé dormida mirándola.

De vuelta a casa

Cuando abrí los ojos Claudia no estaba, por un momento me asusté pensando que se había ido, que me había dejado, pero entonces escuché la voz de mi nueva Lore de los Mocos.

—Ha ido a alquilar un coche—dijo con su dulzura característica.

—¿Un coche? ¿Qué hora es?—pregunté increíblemente desubicada.

—Son las nueve de la mañana, ayer te dormiste y no te has despertado hasta ahora.

Entonces enfoqué bien y vi que había una cama plegable al lado de mi cama.

—¿Claudia a dormido ahí?

—Entra en los servicios de la clínica—contestó—venga levanta.

—¿Por qué ha ido a alquilar un coche?

Yo no dejaba de hacer preguntas, seguro que la doctora pensaba que era una plasta.

—Porque os vais, estás mejor así que en cuanto camines un poco conmigo y me asegure de que no te mareas te firmaré el alta.

—¿Y por qué nos vamos en coche? El avión es más rápido...—No era que yo tuviera un ataque de inteligencia, era un hecho.

—Claudia me ha comentado lo que te pasa con los cambios de presión y con esos golpes es mejor no volar Lai—dijo cogiéndome por el brazo para que caminara con ella por la habitación.

—El tren también es más rápido—dije.

La doctora sonrió.

—Claudia lo ha descartado, dice que los asientos son muy incómodos, que estarás más cómoda en un coche, aunque tardéis más.

No supe que decir ante eso, que Claudia se preocupara por mí y por mí culo me gustaba. Me quitó el gotero y me ayudó a vestirme, para cuando Claudia volvió yo ya estaba preparada para salir.

La doctora me abrazó con cariño, fue como si nos conociéramos de toda la vida.

—Gracias por todo—le susurré mientras estaba abrazada a ella.

—Cuídate Lai, y no la dejes escapar—me susurró a mí.

Me dio un sonoro beso en la frente y después se abrazó a Claudia, escuché como se decían algo también, aunque no pude entender nada. Nos montamos en el coche y volvió el silencio entre nosotras, Claudia parecía relajada conduciendo así que decidí no molestarla. Incliné mi asiento ligeramente hacia atrás y me dediqué a mirar por la ventana, había dormido tantas horas en aquella clínica que sentía que podía estar despierta una semana. Estuvimos así casi dos horas, yo alternaba mis visiones por la ventanilla con alguna mirada hacia Claudia, para asegurarme de que estaba bien y no tenía sueño, y de paso recrearme, me gustaba mucho ver su expresión concentrada en la carretera.

—He hablado con tus dos Lores...—dijo sacándome de mi ensimismamiento.

«Joder» ¿Por qué Claudia había hablado con mis Lores? Y lo peor ¿Qué le habrían dicho?

—¿Así?—dije incorporándome de inmediato.

—Sí—dijo sonriendo.

Yo tenía una cara de interrogante tremenda, no sabía si preguntarle o no hacerlo pero fue ella la que empezó a darme explicaciones.

—No te pongas nerviosa Lai, no me han comido si es lo que te da miedo—dijo con un tono muy dulce.

Joder como me desconcertaba Claudia.

—Lore de las Hostias fue la primera en llamar—dijo—deduje que Toni le habría contado lo que te había pasado y que te llamaba porque estaba preocupada, no me

pareció bien no contestar así que descolgué el teléfono.

—¿Y qué quería?

—Pues eso Lai, quería saber cómo estabas, la verdad es que se puso un poco histérica—dijo riendo.

—Sí, Lore es así—sonreí—si la tienes de tu lado va al cien por cien.

—Se preocupa por ti Lai, tienes suerte de tenerla.

No sé si Claudia pensaría lo mismo si le contara que me había partido la cara... Pero sí, lo cierto era que tenía mucha suerte de que alguien como Lore de las Hostias formara parte de mi vida.

—¿Y la otra? Lore de...

—¿Lore de los Polvos?—dijo vocalizando perfectamente cada una de las letras.

—Sí—contesté.

—Ella te llamó por la tarde, la primera vez no lo cogí, pero insistió y entonces pensé que tal vez ella y Lore de las Hostias se conocían y que se lo habría contado... no sé Lai, al final se lo cogí.

—¿Y qué te dijo?

—Me confundió contigo y me preguntó si estaba desnuda.

Mierda, mierda, mierda. En ese momento recordé que la última vez que hablé con Lore de los Polvos fue el día que follamos por teléfono y en efecto, yo estaba desnuda.

«Joder»

—Lo siento Claudia—dije avergonzada.

—No pasa nada, me pareció divertido—contestó con una sonrisa.

—¿A sí?—pregunté sorprendida.

—Bueno Lai, no todos los días una contesta al teléfono y lo primero que oye es la voz de una mujer preguntado si llevo ropa o no.

Yo tenía los ojos abiertos como platos, incluso el malo. Ella me echó una mirada rápida y continuó hablando.

—Tranquila, le aclaré quien era y le conté lo que había pasado, se pasará a verte esta tarde por casa de Lore de las Hostias.

—¿Por casa de Lore?—ahora sí que me estaba perdiendo.

—Verás Lai, de las casi cuarenta horas que has estado ingresada te has pasado treinta y seis durmiendo, Lore de las Hostias llamó un par de veces más para ver como seguías y pasamos bastante rato hablando.

—¿Te has hecho amiga de Lore?—pregunté con una divertida sonrisa.

—Tal vez, no sé, la verdad es que me cae bien. En fin, en una de esas conversaciones Lore insistió en que te quedaras en su casa unos días, hasta que te recuperes un poco, y sinceramente yo me quedo más tranquila si lo haces.

No contesté, volví a mirar por la ventana. Lo cierto era que no me apetecía quedarme en casa de Lore, si ya no podía estar con Claudia prefería estar sola, sabía que en cuanto ella se fuera me entraría el bajón y solo tendría ganas de llorar, no me apetecía tener a Lore pendiente de mí las veinticuatro horas. De nuevo el puto nudo se apoderó de mi garganta.

—Lai...—dijo en voz baja.

—¿Qué?—contesté disimulando mi angustia sin mirarla.

—Solo unos días, hasta que recuperes las fuerzas ¿vale?—dijo.

Yo me encogí de hombros, no quería discutir y tampoco quería llorar delante de Claudia. También sabía de sobra lo insistente que sería Lore si intentaba negarme, así que lo dejé. Si eso era lo que ellas querían lo haría y ya está. No volví a hablar en todo el camino, paramos un par de veces para que Claudia estirara las piernas y se tomara un café pero yo no me bajé del coche, no me apetecía. Solo decidí hacer una pregunta cuando aparqué frente a la casa de Lore de las Hostias.

—¿Vendrás a verme?—pregunté con la mirada fija en el salpicadero. Supongo que enfoqué allí porque ya me imaginaba la respuesta y no quería mirarla a los ojos cuando me lo dijera.

Ella suspiró.

—Te llamaré Lai—dijo colocando su mano en mi hombro—necesito un poco de tiempo para pensar, pero te llamaré ¿vale?

Tampoco contesté, abrí la puerta del coche, necesitaba tanto salir de allí y me lancé hacía fuera sin tener en cuenta que llevaba siete horas sentada, las piernas no me respondieron y tuve que agarrarme a la puerta para no caerme.

—¡Joder Lai!—gritó Claudia mientras se bajaba del coche para venir a ayudarme.

En ese momento también venía Lore, las lágrimas se me estaban escapando así que aún no sé cómo me zafé de las dos y caminé con mis acartonadas piernas hasta el interior de la casa de Lore. Me tumbé en su cama boca abajo y lloré contra la almohada hasta que me cansé. Lore tardó un buen rato en entrar, supuse que estaría hablando con Claudia y a la vez dándome tiempo, a veces tenía la sensación de que ella me conocía mejor que yo misma.

Lore entró en la habitación, yo seguía en la misma posición con la mirada fija en la pared. No me dijo nada, me descalzó, me dio un sonoro beso en el culo y salió de la habitación.

Lore hacía ese tipo de cosas, nunca sabías por donde iba a salir y eso era algo que me encantaba de ella.

Mis Lores

Tres horas más tarde Lore de los Polvos entró en la habitación, yo ya estaba más calmada y me giré para verla. Me miraba desde la puerta con su increíble sonrisa.

—Estás hecha una mierda—dijo riendo.

Yo sonreí, me alegraba de ver a mi Lore de los Polvos.

—¿Puedo?—dijo señalando la cama.

Asentí y me hice a un lado para que se tumbara conmigo. Me besó en la frente y nos acurrucamos una frente a la otra.

—Supongo que nuestros polvos épicos se han acabado ¿no?—dijo sonriendo mientras me colocaba los mechones detrás de la oreja.

—Sí—contesté sin dejar de mirarla, supongo que de algún modo me sentía mal, ella me dio lo que necesitaba mientras me hizo falta y supongo que yo también se lo daba a ella, pero ahora yo no podía seguir haciéndolo.

—Me alegro por ti Lai, de verdad. Lore ya me ha dicho que ahora no estáis muy bien, pero ya verás cómo se arregla nena. Aguanta un poco—dijo besándome la frente otra vez.

Eso me confirmó que Claudia y Lore habían hablado de algo más que de mi estado de salud.

—Estoy bien Lore, se me pasará, es que estoy un poco floja también—bromeé.

—Lo sé, sé que eres una tía dura Lai, sino no habrías aguantado mis polvos—dijo bromeando también.

Estuvimos riendo un buen rato, recordando el día que nos conocimos y algunas de nuestras conversaciones. Me reconfortó hablar con mi Lore de los Polvos.

—Te dejo que descanses Lai, llámame si me necesitas ¿vale?—se incorporó y se puso en pie al lado de la cama.

—Espera Lore—dije poniéndome de rodillas en la cama y caminando como un pingüino hacia ella.

Empezó a reírse y me ayudó a ponerme en pie cuando llegué hasta ella.

—¿Qué coño haces nena?—preguntó con su sonrisa puesta.

No le dije nada, solo la besé. No quería dejar zanjada mi relación sexual con Lore con un polvo telefónico. No fue un beso morboso, fue cariñoso y ella me respondió de la misma manera, metimos un poco de lengua, saboreé sus labios por última vez y ella los míos y nos separamos. Agarró mi cara entre sus manos y se agachó un poco para ponerse a mi altura.

—Gracias nena—dijo con dulzura, me dio otro beso y se dirigió a la puerta, antes de salir se paró y volvió a hablarme.

—¿Sabes que siempre serás mi nena no? Le guste a Claudia o no le guste—dijo dando por sentado que yo acabaría con Claudia.

Se fue y me senté en la cama.

Joder como me dolía el culo.

No me sentí mal por lo que hice, no lo hice con ninguna intención ofensiva, supongo que fue mi manera de demostrarle a Lore que me importaba y al fin y al cabo tampoco tenía nada con Claudia.

No volví a llorar más, me centré en obedecer a Lore y dejar que me cuidara absurdamente, yo me encontraba bien. Estuve dos días en su casa y los dos días Claudia me llamó, no se lo cogí, formaba parte de mi estrategia para no llorar. Además ¿no quería tiempo? Pues ahí tenía un poco más. Sabía que ella y Lore hablaban, lo que no sabía era cuánto. Al segundo día de estar en su casa sonó su móvil, el de Lore, yo estaba tumbada en el sofá con los ojos cerrados y ella dio por hecho que yo dormía, así que contestó en voz baja. Supe que era Claudia porque básicamente dijo: “Hola Claudia”. La oí decir que yo me encontraba mejor, después se levantó y se fue a la cocina a seguir hablando. Esa misma tarde le dije a Lore que al día siguiente volvería a mi apartamento, descansaría unos días más y después me incorporaría al trabajo. No se negó, aunque se pasó el resto de la tarde cocinando para mí.

Mi adorable Lore de las Hostias.

Me hizo un bizcocho, una tortilla de patatas y no sé cuántos tapers más. Me llevó a mi apartamento a media mañana, era sábado y ella no trabajaba.

—Está tarde vendré a ver cómo estás—dijo.

Yo me quedé un poco loca, ¿pero si acababa de dejarme?

—No hace falta Lore, ya has visto que estoy bien—intenté decir.

—He dicho que vendré—sentenció.

Me entró caquita.

—Vale.

Abracé a mi Lore con fuerza, más rato del habitual, estaba infinitamente agradecida con mi amiga y no sabía cómo decírselo.

—Ya sé que me quieres Lai, venga entra que hace frío, luego me paso.

Mi Lore se fue y por fin me quedé sola, metí toda la comida en la nevera menos el bizcocho, me corté un trozo y me tumbé en el sofá en silencio.

Joder que bien sentaba estar en casa.

Tras estar una hora en mi mundo me levanté, me duché y me quedé en bragas, de hecho pensaba quedarme así todo el fin de semana, la única que tenía que venir era Lore y me daba igual que me viera así, no pensaba vestirme, mi planazo era pasarme el finde en bragas, viendo series y bebiendo cerveza. Ya tenía mi nuevo capítulo de Juego de Tronos listo para ver, pero por algún extraño motivo no quería verlo, no sin Claudia.

Claudia

Sonó el timbre de la puerta, yo estaba empanada viendo una serie que ni siquiera sabía de que iba. Paré la tele y miré el reloj, eran las cinco de la tarde, supuse Lore de las Hostias venía a ver mi mísero estado. Abrí la puerta y me encontré a Claudia.

«Que puta manía de no usar la mirilla»

Se me paró el corazón mientras ella me daba un repaso sin cortarse ni un pelo. Noté como los pezones se me ponían duros como piedras y ella sonrió.

«Joder»

—¿Siempre abres la puerta así?—dijo mirándome a los ojos por fin.

—No—contesté bobalicona. Aunque si me lo paraba a pensar...

—¿Puedo pasar?—preguntó.

Joder, me aparté de la puerta y le di paso. Entró y se fue directa al comedor mientras yo cerraba y la seguía en bragas. La verdad es que no sabía que cojones hacia Claudia allí, no me la esperaba.

—¿Quieres tomar algo?—pregunté dudosa.

—No gracias. ¿Cómo te encuentras Lai?

Yo me había quedado parada al lado del sofá, dudando si responder primero y después ir a vestirme o viceversa, opté por responder, me pareció de mala educación dejarla con la palabra en la boca.

—Estoy bien Claudia, no hacía falta que vinieras—dije.

—No contestabas a mis llamadas así que yo creo que sí que hacía falta.

No contesté, me mordí los labios y me di la vuelta para dirigirme a mi habitación.

—Te oí Lai—dijo antes de que diera el primer paso.

Me quedé parada, quieta como una columna. ¿Me oyó? ¿Oyó qué? Me gire con cierta incertidumbre, decidí no vestirme, total ya me había visto desnuda y yo quería saber de inmediato que era lo que había oído.

—¿Qué oíste?

—El día del hospital, cuando hablabas con la doctora Martín, no estaba dormida Lai.

«Joder» ¿Cuánto había oído? ¿Una parte? ¿Todo? ¿Me escuchó llorar?

—¿Cuánto oíste?—pregunté con la voz ahogada.

—Todo Lai, me desperté cuando ella entró en la habitación, yo estaba muy a gusto y no me moví. Supongo que pensó que dormía, me tapó con una manta y se acercó a tu cama. Lo escuché todo, desde que empezaste a llorar hasta lo de su nombre, pasando por sus tetas—dijo riendo.

—¡Joder, ¿escuchaste lo de las tetas?!

Ya no me acordaba de esa parte.

—Sí—dijo con su adorable sonrisa mientras yo notaba como me ponía roja como un tomate—la verdad es que tuve que hacer un esfuerzo enorme para que no se me escapara la risa Lai, fuiste tan adorable...

—En mi defensa diré que estaba drogada.

—¿Así que te gustaron sus tetas?—bromeó para que me sintiera más cómoda.

—Las tuyas me gustan más.

«Mierda» la lengua me iba sola.

—Lo siento—dije de inmediato mientras ella se reía.

Dejó su bolso y se acercó a mí, empecé a acelerarme, toda yo, el corazón, la respiración, me estaba dando algo con Claudia tan cerca.

—Tenías razón Lai.

¿A sí? ¿Yo tenía razón en algo?

—¿En qué?—jadeé.

—Lo que dijiste en el bar, lo de que era mejor dejarlo para cuando estuviera totalmente lúcida.

—¿Es decir que sí que dudabas?—dije con el corazón encogido.

—No Lai, ni dudaba entonces ni lo hago ahora, pero si hubiéramos seguido y hubiésemos acabado en la cama—dijo ruborizándose—yo no hubiese podido evitar pensar que a lo mejor el alcohol había tenido algo que ver. Me hubiera rayado bastante la verdad.

—¿Ya no estás enfadada conmigo?

—No cariño, solo lo estoy conmigo misma por no haber tenido el valor de decírtelo antes.

La besé, agarré su cara entre mis manos y me lancé en busca de sus labios, nos besamos con el mismo miedo que tuvimos en aquel bar, como si fuéramos dos primerizas, respirábamos fuerte, notaba el calor de sus labios, su ternura y su dureza, busqué su lengua con la mía y ella respondió ferozmente.

Joder como deseaba a Claudia.

Me estremecí de placer cuando su lengua rozó la mía y empezó a acariciar mi espalda desnuda con las manos, me ardía el cuerpo, un tremendo hormigueo había invadido mi más sagrada zona, me subía por el estómago y me llegaba a la garganta, Claudia jadeaba sin dejar de entrelazar su lengua húmeda con la mía, nos separamos para coger aire y me habló con sus preciosos ojos clavados en mis labios morados por el placer.

—¿Tienes cama Lai?—preguntó a medio camino entre la timidez y el deseo.

Yo sonreí, la cogí de la mano y caminé con ella hasta mi habitación. Claudia se paró frente a mí y me miró, yo intentaba adivinar que era lo que quería, no quería agobiarla ni que se sintiera presionada para hacer algo que no quisiera. Entonces clavó sus ojos en los míos y empezó a desnudarse.

El Nilo corría entre mis piernas, tal vez el Amazonas no lo tenía muy claro. Quería desnudarla yo, pero que lo hiciera ella me pareció de lo más sexy y me excitó aún

más. Por último dejó caer sus bragas y levantó los pies uno a uno hasta que dejaron libres sus piernas, se quedó parada unos instantes mientras yo recorría cada centímetro de su exquisito cuerpo con la vista. Se acercó a mí y se agachó para quitarme las bragas, cuando subió me besó el ombligo y después subió a buscar mi boca de nuevo.

La empujé con cuidado y la tumbé en la cama, dejé que se pusiera cómoda y después me coloqué encima de ella. Al hacerlo observé que temblaba como una pluma.

—¿Estás bien?—le pregunté. Ella me sonrió y contestó.

—Estoy acojonada Lai, no sé muy bien que debo hacer, ¿Y si no te gusta? ¿Y si lo hago mal?—preguntó alarmada.

—Shh para Claudia—dije acariciándole la cara con dulzura—no tienes que hacer nada que no te apetezca hacer ¿vale? Tú solo déjate llevar, iré despacio y si hago algo que te incomoda o que no quieras hacer dímelo sin rodeos ¿de acuerdo?

Asintió y empecé a besarla, despacio, primero me apoyé con un codo y empecé a acariciar suavemente uno de sus pechos, masajé el pezón y Claudia empezó a jadear mientras me besaba con hambre, empecé a deslizar mi mano por todo su costado hasta llegar a su cadera, rocé su ingle con los dedos y ella movió su cadera buscando el contacto de mi sexo con el suyo, yo intentaba atender todos sus deseos, leer lo que su cuerpo me pedía para complacerla así que despacio y con cuidado hice que nuestros sexos se acoplaran, me apoyé con los dos codos y empecé a empujar despacio, como no se quejó seguí con el movimiento.

Joder como me gustaba.

Aceleré un poco, Claudia jadeaba, colocó sus dos manos en mi culo, me apretó los cachetes con fuerza y empujó hacia ella, yo aceleré jadeante y me detuve un segundo para mirarla, necesitaba saber que estaba bien y que le gustaba.

—Sigue Lai—jadeó ante mi sonrisa.

Obedecí y aceleré, ella empezó a empujar desde abajo, me adapté a su ritmo y nos acompasamos, empezamos a sudar, seguimos empujando cada vez más rápido mientras nuestros jadeos se convertían en gemidos, me moría de gusto, estaba a punto de correrme pero intenté aguantar, quería que Claudia se corriera primero, me daba miedo correrme y que pensara que ella lo estaba haciendo mal o algo y se le cortara el rollo. Por suerte no tuve que aguantar mucho, Claudia empezó a empujar con furia y

se corrió mientras yo también me dejaba ir, nos corrimos juntas.

Joder como me gustaba escuchar los gemidos de Claudia, sus gritos ahogados me desesperaban de placer, si me dejaba tenía la intención de hacerla gritar durante toda la tarde. Cuando terminamos me quedé encima de ella, apoyada todavía con los codos para no dejar todo mi peso encima de su precioso cuerpo desnudo, la observaba, miraba como su cara se relajaba mientras recuperaba la respiración normal. Me sonrió. Volvió a sonreírme y me besó con dulzura.

—¿Estás bien?—pregunté.

—Si lo que quieres saber es si me ha gustado la respuesta es sí Lai, me ha encantado—dijo en voz baja. Yo sonreí.

—¿Entonces puedo continuar?

Ella se estremeció ante mi pregunta.

—Joder sí.

Fue ella la que empezó a besarme de nuevo así que yo me ocupé de otros asuntos. Salí de encima de ella por su izquierda, me apoyé sobre mi codo izquierdo y dejé de besarla para dedicarle a sus pechos la atención que merecían, acaricié sus pezones, primero uno y luego el otro para después desplazarme allí con la lengua y recorrerlos por completo, los acariciaba con la mano mientras chupaba sus pezones y los besaba, notaba los acelerados latidos de su corazón en la punta de mi lengua y en mi mano, Claudia jadeaba, reclamaba más, quería más y ahí estaba yo para atender sus demandas.

Dejé que la punta de mis dedos recorriera despacio su abdomen en dirección descendente, quería que tuviera claro hacia dónde me dirigía para que tuviera tiempo de detenerme si no se sentía preparada, no lo hizo, cuanto más cerca estaba de su vello más temblaba su abdomen y más jadeaba ella, abrió las piernas por instinto y yo me lo tomé como una invitación para entrar en su zona sagrada, me moría de ganas de explorarla. La besé, me separé y sin dejar de mirarla a los ojos deje que mi mano cubriera por completo su sexo, quería que sintiera ese calor, ella resopló.

Joder como me gustaba hacer el amor con Claudia.

Sin dejar de mirarla empecé a introducir mis dedos entre sus labios y ella ahogo un gemido.

—¡Joder Lai!—jadeó colocando sus manos encima de la mía para asegurarse de que no salía de allí.

Eso me excitó muchísimo y me hizo besarla con furia, metí mi lengua en su boca y sentí pequeños espasmos en mis labios inferiores, un cosquilleo tremendo hasta que dejé de besarla para poder concentrarme en la zona donde tenía mis dedos, estaba muy húmeda, ella, bueno yo también, eso lo tenía claro.

Empecé recorrer todo su sexo con los dedos mientras ella empezaba a mover las caderas poco a poco, su flor se había abierto por completo y yo estaba decidida a recorrer todos sus pétalos con la lengua, en esa ocasión bajé rápido, no quería que me lo impidiera aunque también tenía claro que con el estado de excitación que tenía no iba a importarle en absoluto. No sabía porque pero quería que se corriera en mi boca, quería saborear hasta el último rincón de Claudia, empecé a besar el interior de sus muslos, primero uno y luego el otro, hasta que dejé que mi boca y mi lengua se perdieran por todo su sexo, ella gemía sin parar, se retorció mientras yo sujetaba sus piernas y volvía a gemir. Me detuve en su clítoris y decidí prestarle una atención especial. Primero lo roce superficialmente con la punta de la lengua, después lo besé, lo sorbí, lo lamí y volví a rozarlo, Claudia se retorció y empezó a mover sus caderas en busca de mi boca, temblaba, su clítoris temblaba entre mis labios, todo su cuerpo temblaba.

—Lai me voy a correr...—dijo con la voz ahogada.

Supuse que me avisaba por si quería salir pero yo no tenía esa intención, al contrario, empecé a hacer círculos rápidos con mi lengua, ella empezó a gemir sin parar, noté como agarraba una de mis muñecas con fuerza y entonces se dejó ir. Se abandonó al orgasmo. Que bien sabía Claudia. Me limpie con la sábana y subí besando su tembloroso abdomen por el camino, después sus pechos, ella me agarró y me llevó a su boca, me besó despacio, me saboreó y después me tumbe a su lado para dejarla descansar.

No lo hizo, se recuperó un poco y se puso de rodillas en la cama casi de un salto. Me hizo gracia.

—¿Qué haces?—pregunté sonriente.

—Levanta Lai, ponte como yo.

No supe que me excitó más, si su tono de voz o no tener ni idea de lo que pretendía. Le hice caso y me coloqué de rodillas en la cama, ella me agarró y empezó a moverme hasta que se colocó justo detrás de mí, colocó su mano en mi cuello por

debajo de mí barbilla y se inclinó ligeramente hacia atrás llevándome con ella, podía notar su vello púbico en mi culo y sus pechos en mi espalda. No podía respirar, tenía el corazón desbocado, la boca me empezó a temblar cuando agarró mis dos pechos desde atrás y empezó a acariciarlos, primero con suavidad y poco a poco con más insistencia mientras yo jadeaba sin parar y me agarraba con las manos a sus muslos, me besaba el cuello y lamía los lóbulos de mis orejas. Yo me sentía totalmente expuesta.

Joder como me gustaba.

Me pellizcó suavemente los pezones provocando que mis labios inferiores hicieran palmas. Subió una mano hasta mi garganta obligándome a apoyar mi cabeza en su cuerpo y con la otra bajó hacía mi más preciada zona, yo separé más las piernas y ella introdujo sus cálidos dedos entre mis labios, temblé salvajemente al notarla allí, jamás había sentido tanto placer con nadie, no quería que saliera nunca, ella agarró más fuerte mi garganta para que me quedara en esa posición y dejó que sus dedos bailaran por todo mi sexo, primero lo recorrió suavemente mientras yo seguí gimiendo sin parar, creo que no se dejó ni una sola zona sin explorar. Yo estaba que me daba algo.

—Aguanta un poco Lai—me susurró al oído al ver que estaba a punto.

Joder como iba a aguantarme si encima me hablaba con aquella voz tan sensual. Adoraba como sonaba mi nombre cuando eran sus labios los que lo pronunciaban. Me agarré a las sábanas y las retorcí entre mis puños mientras ella empezaba a recrearse en mi clítoris, lo acariciaba y lo apretaba a partes iguales, yo me mordí el labio intentando ganar tiempo pero ya no podía más, necesitaba correrme o me iba a dar algo.

—Claudia...—quería decirle que no fuera cruel pero solo tenía aire para pronunciar una palabra. Escuché como sonreía y entonces empezó a acariciar mi clítoris haciendo rápidos y fuertes círculos, eso sí que no pude aguantarlo, estallé en un increíble, intenso y largo orgasmo mientras ella me seguía sujetando hasta que terminé de correrme en su mano. Me quedé allí apoyada contra ella, estaba muerta. Muerta de gusto claro. Cuando me recuperé nos tumbamos las dos boca arriba y nos cogimos de la mano, estuvimos un rato en silencio, contemplando lo blanco que era el techo de mi habitación, hasta que decidí romper aquel silencio.

—Para tener miedo de hacerlo mal lo has hecho muy bien Claudia—dije riendo.

—Sí, creo que te ha gustado—sonrió ella también girándose hacia mí.

Yo también me giré hacia ella.

—Mucho—dije besando su mano.

De pronto recordé que Lore me había dicho que vendría.

—¡Mierda Lore!—dije levantándome de un salto. Salí corriendo hacia el comedor para coger el móvil y Claudia me siguió.

—¿Qué Lore?—preguntó ella.

—Lore de las Hostias, me dijo que se pasaría está tarde, voy a dejarle un mensaje para que no venga.

—No hace falta Lai, no va a venir—dijo sonriendo.

Se me arquearon las cejas y mi cuerpo se giró solo en busca de la mujer desnuda que acababa de hablarme.

—¿A no?

—No, la llamé para avisarla de que me pasaría por su casa para verte y me dijo que ya estabas aquí, le dije que vendría y entonces dijo que no vendría ella—dijo encogiéndose de hombros y haciendo que sus tetas votaran ligeramente.

—Vale—dije dejando el móvil.

—¿Te molesta que hable con ella?—me preguntó.

—No, que va Claudia, para nada, Lore forma parte de mi vida y me alegra que te lleves bien con ella, ahora solo te falta conocer en persona a Lore de los Polvos—dije mordéndome el labio inferior y arqueando las cejas sin saber si esa idea le haría gracia.

—Claro—dijo para mi sorpresa—pero tú y ella ya no...

—No, lo hablamos y a partir de ahora solo seremos amigas, nada de sexo lo juro—dije con la mano derecha en alto.

Ella sonrió complacida.

—Necesito un cerveza ¿tienes?—preguntó.

—Sí, claro.

Nos pusimos las bragas y una camiseta y nos sentamos en el sofá sobre nuestras propias piernas para hablar mientras nos bebíamos una cerveza fría que sabía a gloria.

—Esta mañana me ha llamado la doctora Martín—dijo poniendo mis ojos como platos.

—¿Tiene tú teléfono? Bueno tú número, ya sabes...

—Sí, parece que le caímos bien, me pidió el número para saber cómo estabas y me dio el suyo, dijo que si algún día volvemos a Madrid que la llamemos y nos hará una visita guiada no turística por su ciudad.

Vaya, mi adorable doctora se había hecho amiga de mi adorable Claudia, me encantaba.

—No he grabado su número.

—¿Por qué no?—pregunté extrañada.

—Bueno su número sí, pero no le he puesto nombre todavía.

—¿Por qué?

—Porque se llama Lorena Lai, supuse que en cuanto te enteraste aquella tarde ya le habrías puesto una coletilla como a Lore de las Hostias y Lore de los Polvos—dijo riendo.

Me puse colorada y se me escapó la risa.

—Venga suéltalo—dijo con el móvil en la mano.

—Vale pero no se lo digas—supliqué.

Ella sonrió con cara de traviesa.

—Estoy esperando Lai...

—Lore de los Mocos—dije avergonzada.

Claudia empezó a reírse sin parar.

—Lore de los Mocos—repitió mientras lo grababa en su teléfono—eres la hostia Lai—dijo riendo.

«Las hostias que me pego» pensé yo.

—Tengo el nuevo de Juego de Tronos—dije para cambiar de tema.

—¿Y a qué esperas para ponerlo?—dijo lanzándome un cojín.

FIN

Contacto

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través de la página de fans de Facebook de Encubierta.

<https://www.facebook.com/encubierta.mb/>

Me encanta que me hagáis preguntas y respondo siempre :)

Petición

Si te ha gustado este libro puedes dejar una reseña en Amazon o en Goodreads, así me ayudas a seguir escribiendo y ayudas a otros lectores a encontrarlo.

¡¡Mil gracias por haber dedicado parte de tu tiempo a leer mi libro!!

Otros libros de la autora

Encubierta: libro 1

Marlo es una inteligente y brillante abogada, que aburrida de trabajar para otros bufetes decide montar su propia empresa. Desde ese momento se dedica a proteger los intereses de sus adinerados clientes siempre y cuando estos no incumplan ninguna ley.

Tras conseguir una intachable reputación gracias a su discreción y la eficiencia de sus investigaciones, un multimillonario empresario al que odia, consigue convencerla para que le ayude a buscar a su hija desaparecida mientras realizaba una travesía junto a sus amigas en el yate familiar.

Con la ayuda de su equipo y en especial de Megan, una de sus investigadoras de la que se ha enamorado perdidamente, emprenden una búsqueda en la que todas las pistas apuntan a que la chica podría encontrarse en una isla cuya existencia se basa solo en rumores y leyendas de pescadores. ¿Lograran encontrarla?

Descubierta: libro 2 (Encubierta)

Tras ser arrastrados por una corriente hasta impactar contra otro barco, Marlo y su equipo descubren que tienen posibilidades reales de encontrar a Sara Mantral, lo que desconocen son los retos a los que tendrán que enfrentarse si quieren conseguirlo.

Tan lejos tan cerca...

Después de un año viviendo en Madrid, ciudad a la que se trasladó para dejarlo todo atrás y comenzar de cero, Alexa decide retomar sus estudios universitarios donde los dejó años atrás tras conocer a la que ahora era su ex.

Su vida es estable y sencilla, tiene un trabajo que le gusta y está encantada de estar soltera y poder disfrutar de la tranquilidad de una vida sin compromisos.

Todo eso cambia cuando el primer día de curso conoce a Minerva, una de sus profesoras de la que se enamora de forma inmediata. Tras indagar un poco descubre que Minerva solo tiene una única norma: nada de líos con alumnas. Aun así decide no rendirse y lanzarse a la conquista de la profesora que no se lo pondrá nada fácil.